Juan

El Verbo hecho carne

1 En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba
con Dios, y el Verbo era Dios.
2 Él estaba en el principio con Dios.
3 Todo fue hecho por medio de él, y sin él no fue
hecho nada de lo que ha sido hecho.
4 En él estaba la vida, y la vida era la luz de los
hombres.
5 La luz resplandece en las tinieblas, y las
tinieblas no la vencieron.

Juan, testigo de la luz

6 Hubo un hombre enviado por Dios, llamado
Juan.
7 Él vino como testigo, para dar testimonio de
la luz, a fin de que todos creyeran por medio de
él.
8 Él no era la luz, sino que vino para dar
testimonio de la luz.
9 La luz verdadera, que ilumina a todo ser
humano, venía al mundo.

10 Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho
por medio de él, pero el mundo no lo
conoció.
11 Vino a lo suyo, y los suyos no lo recibieron.

Hijos de Dios por la fe en Jesucristo

12 Pero a todos los que lo recibieron, a los que
creen en su nombre, les dio el derecho de
llegar a ser hijos de Dios.
13 Estos no nacieron de sangre, ni de voluntad de
la carne, ni de voluntad de varón, sino de
Dios.

El Verbo encarnado revela al Padre

14 Y el Verbo se hizo carne y habitó entre
nosotros.
Contemplamos su gloria, gloria como la del
Unigénito del Padre, lleno de gracia y de
verdad.
15 Juan da testimonio de él y ha proclamado:
«Este era aquel de quien dije: "El que viene
después de mí está por delante de mí, porque
existía antes que yo"».
16 Porque de su plenitud todos hemos recibido, y
gracia sobre gracia.
17 Pues la ley fue dada por medio de Moisés;
la gracia y la verdad vinieron por medio de
Jesucristo.
18 A Dios nadie lo ha visto jamás.
El Unigénito, que es Dios y está en el seno del
Padre, lo ha dado a conocer.

Testimonio de Juan el Bautista

Enseñanzas relacionadas sobre el testimonio de Juan y el que viene después de él: Mateo 3:11–12; Marcos 1:7–8; Lucas 3:15–17.

19 Este es el testimonio de Juan cuando los
judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y
levitas para preguntarle: «¿Tú quién eres?».

20 Él confesó, y no lo negó, sino que confesó:
«Yo no soy el Cristo».
21 Le preguntaron: «¿Qué, entonces? ¿Eres tú
Elías?». Él dijo: «No lo soy». «¿Eres tú el
Profeta?». Respondió: «No».
22 Entonces le dijeron: «¿Quién eres? Tenemos
que dar una respuesta a los que nos enviaron.
¿Qué dices de ti mismo?».
23 Él dijo: «Yo soy la voz de uno que clama en
el desierto: "Enderecen el camino del Señor",
como dijo el profeta Isaías».
24 Los enviados eran de los fariseos.
25 Y le preguntaron: «¿Por qué, entonces,
bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el
Profeta?».
26 Juan les respondió: «Yo bautizo con agua.
En medio de ustedes está uno a quien ustedes no
conocen,
27 el que viene después de mí, a quien no soy
digno de desatarle la correa de la sandalia».
28 Esto ocurrió en Betania, al otro lado del
Jordán, donde Juan estaba bautizando.

El Cordero de Dios

29 Al día siguiente, vio a Jesús que venía hacia
él y dijo: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita
el pecado del mundo!
30 Este es aquel de quien dije: "Después de mí
viene un hombre que está por delante de mí,
porque existía antes que yo".
31 Yo no lo conocía, pero por esto vine
bautizando con agua: para que él fuera
manifestado a Israel».

El Espíritu permanece sobre Jesús

32 Juan dio testimonio, diciendo: «He visto al
Espíritu descender del cielo como una paloma y
permanecer sobre él.
33 Yo no lo conocía, pero el que me envió a
bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien
veas descender el Espíritu y permanecer sobre él,
ese es el que bautiza con el Espíritu Santo".
34 Y yo lo he visto y he dado testimonio de que
este es el Elegido de Dios».

Los primeros discípulos

35 Al día siguiente, Juan estaba de nuevo allí
con dos de sus discípulos.
36 Miró a Jesús que caminaba por allí y dijo:
«¡He aquí el Cordero de Dios!».
37 Los dos discípulos lo oyeron hablar y
siguieron a Jesús.
38 Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les
preguntó: «¿Qué buscan?». Ellos le dijeron:
«Rabí —que traducido significa Maestro—,
¿dónde te hospedas?».
39 Él les respondió: «Vengan y verán». Fueron,
pues, y vieron dónde se hospedaba, y se
quedaron con él aquel día. Eran cerca de las
cuatro de la tarde.
40 Andrés, el hermano de Simón Pedro, era
uno de los dos que habían oído a Juan y habían
seguido a Jesús.
41 Primero encontró a su propio hermano
Simón y le dijo: «Hemos encontrado al Mesías»
—que traducido significa Cristo—.

42 Lo llevó a Jesús. Jesús lo miró fijamente y
dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás
llamado Cefas» —que se traduce Pedro—.

Jesús llama a Felipe y a Natanael

43 Al día siguiente, Jesús quiso salir hacia
Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: «Sígueme».
44 Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés
y de Pedro.
45 Felipe encontró a Natanael y le dijo: «Hemos
encontrado a aquel de quien escribieron Moisés
en la ley y los profetas: Jesús, el hijo de José, de
Nazaret».
46 Natanael le preguntó: «¿De Nazaret puede
salir algo bueno?». Felipe le respondió: «Ven y
ve».
47 Jesús vio a Natanael que venía hacia él y
dijo de él: «¡Aquí hay un verdadero israelita, en
quien no hay engaño!».
48 Natanael le preguntó: «¿De dónde me
conoces?». Jesús le respondió: «Antes de que
Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la
higuera, te vi».
49 Natanael le respondió: «Rabí, tú eres el Hijo
de Dios, tú eres el rey de Israel».
50 Jesús le contestó: «¿Crees porque te dije que
te vi debajo de la higuera? Verás cosas mayores
que estas».
51 Y le dijo: «En verdad, en verdad les digo:
verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios
subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre».

2

Las bodas de Caná

1 Al tercer día hubo una boda en Caná de
Galilea, y la madre de Jesús estaba allí.
2 También Jesús y sus discípulos fueron
invitados a la boda.
3 Cuando se acabó el vino, la madre de Jesús le
dijo: «No tienen vino».
4 Jesús le respondió: «Mujer, ¿por qué me dices
esto? Todavía no ha llegado mi hora».
5 Su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo
lo que él les diga».
6 Había allí seis tinajas de piedra para agua,
destinadas a la purificación de los judíos. Cada
una tenía una capacidad aproximada de entre
setenta y cinco y ciento trece litros.
7 Jesús les dijo: «Llenen las tinajas de agua». Y
las llenaron hasta arriba.
8 Luego les dijo: «Saquen ahora y llévenselo al
encargado del banquete». Y se lo llevaron.
9 Cuando el encargado del banquete probó el
agua convertida en vino, sin saber de dónde
venía —aunque los sirvientes que habían sacado
el agua sí lo sabían—, llamó al novio
10 y le dijo: «Todo el mundo sirve primero el
buen vino y, cuando ya se han embriagado, el de
menor calidad. Tú has guardado el buen vino
hasta ahora».
11 Este fue el comienzo de las señales que
Jesús hizo en Caná de Galilea. Manifestó su
gloria, y sus discípulos creyeron en él.

12 Después de esto bajó a Capernaúm, él con su
madre, sus hermanos y sus discípulos, y
permanecieron allí pocos días.

Jesús purifica el templo
Relatos relacionados de la intervención de Jesús en el templo, situados en los días finales de su ministerio: Mateo 21:12–13; Marcos 11:15–18; Lucas 19:45–46.

13 Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús
subió a Jerusalén.
14 Encontró en el templo a los que vendían
bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas
sentados.
15 Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos
del templo, tanto a las ovejas como a los bueyes.
Esparció las monedas de los cambistas y volcó
sus mesas.
16 A los que vendían palomas les dijo:
«¡Saquen esto de aquí! ¡No hagan de la casa de
mi Padre un mercado!».
17 Sus discípulos recordaron que está escrito:
«El celo por tu casa me consumirá».
18 Entonces los judíos le preguntaron: «¿Qué
señal nos muestras, ya que haces estas cosas?».

El anuncio de la muerte y resurrección de Jesús

19 Jesús les respondió: «Destruyan este
santuario, y en tres días lo levantaré».
20 Los judíos dijeron: «Este santuario fue
construido en cuarenta y seis años, ¿y tú lo
levantarás en tres días?».
21 Pero él hablaba del santuario de su cuerpo.
22 Por eso, cuando resucitó de entre los
muertos, sus discípulos recordaron que había

dicho esto y creyeron en la Escritura y en la
palabra que Jesús había dicho.

Jesús conoce a todos los hombres

23 Mientras estaba en Jerusalén durante la
fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su
nombre al ver las señales que hacía.
24 Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos,
porque conocía a todos
25 y no necesitaba que nadie le diera
testimonio acerca del ser humano, pues él sabía
lo que había en el ser humano.

3

Jesús y Nicodemo

1 Había un hombre de los fariseos llamado
Nicodemo, un dirigente de los judíos.
2 Este fue de noche a Jesús y le dijo: «Rabí,
sabemos que has venido de Dios como maestro,
porque nadie puede hacer estas señales que tú
haces si Dios no está con él».

El nuevo nacimiento y la vida del Espíritu

3 Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te
digo: si alguien no nace de nuevo, no puede ver
el reino de Dios».
4 Nicodemo le preguntó: «¿Cómo puede nacer
un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede entrar
por segunda vez en el vientre de su madre y
nacer?».
5 Jesús respondió: «En verdad, en verdad te
digo: si alguien no nace de agua y del Espíritu, no
puede entrar en el reino de Dios.

6 Lo que ha nacido de la carne es carne, y lo
que ha nacido del Espíritu es espíritu.
7 No te sorprendas de que te haya dicho:
"Ustedes deben nacer de nuevo".
8 El viento sopla donde quiere, y oyes su
sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde
va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu».
9 Nicodemo le preguntó: «¿Cómo pueden
suceder estas cosas?».
10 Jesús le respondió: «¿Tú eres el maestro de
Israel y no entiendes estas cosas?
11 En verdad, en verdad te digo que hablamos
de lo que sabemos y damos testimonio de lo que
hemos visto, pero ustedes no reciben nuestro
testimonio.
12 Si les he hablado de las cosas terrenales y
no creen, ¿cómo creerán si les hablo de las
celestiales?
13 Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del
cielo, el Hijo del Hombre, que está en el cielo.

El Hijo del Hombre levantado para dar vida

14 Y como Moisés levantó la serpiente en el
desierto, así debe ser levantado el Hijo del
Hombre,
15 para que todo el que cree en él tenga vida
eterna.

El amor de Dios y la vida eterna en su Hijo

16 Porque de tal manera amó Dios al mundo
que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel
que en él cree no se pierda, sino que tenga vida
eterna.

17 Pues Dios no envió al Hijo al mundo para
condenar al mundo, sino para que el mundo sea
salvado por medio de él.
18 El que cree en él no es condenado; pero el
que no cree ya ha sido condenado, porque no ha
creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios.

La respuesta a la luz

19 Y esta es la condena: la luz ha venido al
mundo, pero los hombres amaron más las
tinieblas que la luz, porque sus obras eran
malas.
20 Porque todo el que practica el mal odia la
luz y no viene a la luz, para que sus obras no
sean puestas al descubierto.
21 Pero el que practica la verdad viene a la luz,
para que se manifieste que sus obras han sido
hechas en Dios».

El amigo del esposo

22 Después de esto, Jesús y sus discípulos
fueron a la región de Judea; allí pasaba tiempo
con ellos y bautizaba.
23 Juan también estaba bautizando en Enón,
cerca de Salim, porque allí había mucha agua.
La gente acudía y era bautizada,
24 pues Juan todavía no había sido
encarcelado.
25 Entonces surgió una discusión entre los
discípulos de Juan y un judío acerca de la
purificación.
26 Fueron a Juan y le dijeron: «Rabí, el que
estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien

tú has dado testimonio, mira, está bautizando y
todos van a él».
27 Juan respondió: «Nadie puede recibir nada
si no le ha sido dado del cielo.
28 Ustedes mismos son testigos de que dije: “Yo
no soy el Cristo, sino que he sido enviado
delante de él”.
29 El que tiene a la novia es el novio. Pero el
amigo del novio, que está allí y lo escucha, se
alegra mucho al oír la voz del novio. Por eso,
esta alegría mía ha llegado a su plenitud.
30 Es necesario que él crezca, pero que yo
mengüe.

La autoridad del Hijo y el don de la vida

31 El que viene de lo alto está por encima de
todos. El que es de la tierra pertenece a la tierra
y habla de la tierra. El que viene del cielo está
por encima de todos.
32 Da testimonio de lo que ha visto y oído, pero
nadie recibe su testimonio.
33 El que recibe su testimonio ha confirmado
que Dios es veraz.
34 Porque aquel a quien Dios envió habla las
palabras de Dios, pues da el Espíritu sin medida.
35 El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su
mano.
36 El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero
el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino
que la ira de Dios permanece sobre él».

4

Jesús y la mujer samaritana

1 Cuando Jesús supo que los fariseos habían
oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos
que Juan
2 —aunque no era Jesús mismo quien
bautizaba, sino sus discípulos—,
3 dejó Judea y se fue de nuevo a Galilea.
4 Tenía que pasar por Samaria.
5 Llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar,
cerca del terreno que Jacob había dado a su hijo
José.
6 Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado
del viaje, se sentó junto al pozo. Era cerca del
mediodía.
7 Llegó una mujer de Samaria a sacar agua.
Jesús le dijo: «Dame de beber».
8 Sus discípulos habían ido a la ciudad a
comprar alimentos.
9 La mujer samaritana le dijo: «¿Cómo tú,
siendo judío, me pides de beber a mí, que soy
una mujer samaritana?». Porque los judíos no
tienen trato con los samaritanos.

El don de Dios y la promesa del agua viva

10 Jesús le respondió: «Si conocieras el don de
Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”,
tú le habrías pedido y él te habría dado agua
viva».
11 La mujer le dijo: «Señor, no tienes con qué
sacarla, y el pozo es profundo. ¿De dónde,
entonces, tienes esa agua viva?
12 ¿Acaso eres mayor que nuestro padre Jacob,
que nos dio el pozo y bebió de él, lo mismo que
sus hijos y sus ganados?».

13 Jesús le respondió: «Todo el que bebe de
esta agua volverá a tener sed,
14 pero el que beba del agua que yo le daré
jamás tendrá sed. El agua que yo le daré se
convertirá en él en una fuente de agua que brota
para vida eterna».
15 La mujer le dijo: «Señor, dame esa agua,
para que no tenga sed ni tenga que venir aquí a
sacarla».

Jesús conoce la vida de la mujer

16 Él le dijo: «Ve, llama a tu marido y ven
aquí».
17 La mujer le respondió: «No tengo marido».
Jesús le dijo: «Has dicho bien: "No tengo
marido",
18 porque has tenido cinco maridos, y el que
ahora tienes no es tu marido. En esto has dicho
la verdad».
19 La mujer le dijo: «Señor, veo que eres
profeta.

La adoración al Padre en espíritu y en verdad

20 Nuestros padres adoraron en este monte,
pero ustedes dicen que en Jerusalén está el lugar
donde se debe adorar».
21 Jesús le dijo: «Créeme, mujer: viene la hora
en que ni en este monte ni en Jerusalén
adorarán al Padre.
22 Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros
adoramos lo que conocemos, porque la
salvación viene de los judíos.
23 Pero viene la hora, y ahora es, cuando los
verdaderos adoradores adorarán al Padre en

espíritu y en verdad, porque el Padre busca a
quienes lo adoren así.
24 Dios es espíritu, y quienes lo adoran deben
adorarlo en espíritu y en verdad».
25 La mujer le dijo: «Sé que viene el Mesías,
llamado Cristo. Cuando él venga, nos anunciará
todas las cosas».
26 Jesús le dijo: «Yo soy, el que habla contigo».

La mujer anuncia su encuentro con Jesús

27 En ese momento llegaron sus discípulos y se
asombraron de que hablara con una mujer. Sin
embargo, ninguno dijo: «¿Qué buscas?» o «¿Por
qué hablas con ella?».
28 La mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y
les dijo a los hombres:
29 «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho
todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?».
30 Salieron de la ciudad y se dirigían hacia él.

La voluntad del Padre y los campos preparados

31 Mientras tanto, los discípulos le rogaban:
«Rabí, come».
32 Él les dijo: «Yo tengo para comer un
alimento que ustedes no conocen».
33 Entonces los discípulos se decían unos a
otros: «¿Le habrá traído alguien de comer?».
34 Jesús les dijo: «Mi alimento es hacer la
voluntad del que me envió y llevar a término su
obra.
35 ¿No dicen ustedes: “Aún faltan cuatro meses
y llega la cosecha”? Pues yo les digo: levanten
los ojos y miren los campos, que ya están
blancos para la cosecha.

36 El que cosecha recibe salario y recoge fruto
para vida eterna, para que el que siembra y el
que cosecha se alegren juntos.
37 Porque en esto es verdadero el dicho: “Uno
es el que siembra y otro el que cosecha”.
38 Yo los envié a cosechar aquello en lo que
ustedes no han trabajado. Otros han trabajado,
y ustedes se han incorporado a su trabajo».

Los samaritanos reconocen al Salvador del mundo

39 Muchos de los samaritanos de aquella
ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer,
que daba testimonio: «Me ha dicho todo lo que
he hecho».
40 Cuando los samaritanos llegaron a él, le
rogaban que se quedara con ellos, y permaneció
allí dos días.
41 Muchos más creyeron por su palabra,
42 y le decían a la mujer: «Ya no creemos por
lo que tú has dicho, porque nosotros mismos
hemos oído y sabemos que este es
verdaderamente el Salvador del mundo».

Jesús sana al hijo de un funcionario del rey

43 Después de aquellos dos días salió de allí
hacia Galilea.
44 Porque Jesús mismo había declarado que un
profeta no recibe honra en su propia tierra.
45 Cuando llegó a Galilea, los galileos lo
recibieron, pues habían visto todo lo que había
hecho en Jerusalén durante la fiesta, porque
ellos también habían ido a la fiesta.
46 Fue de nuevo a Caná de Galilea, donde
había convertido el agua en vino. Había un

funcionario del rey cuyo hijo estaba enfermo en
Capernaúm.
47 Al oír que Jesús había llegado de Judea a
Galilea, fue a verlo y le rogaba que bajara y
sanara a su hijo, porque estaba a punto de morir.
48 Jesús le dijo: «Si no ven señales y prodigios,
jamás creerán».
49 El funcionario del rey le dijo: «Señor, baja
antes de que muera mi niño».
50 Jesús le dijo: «Ve; tu hijo vive». El hombre
creyó la palabra que Jesús le dijo y se fue.
51 Mientras él bajaba, sus esclavos salieron a
su encuentro y le dijeron que su hijo vivía.
52 Él les preguntó a qué hora había comenzado
a mejorar. Le respondieron: «Ayer, a la una de la
tarde, lo dejó la fiebre».
53 El padre reconoció que esa era la hora en
que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y
creyeron él y toda su casa.
54 Esta fue otra señal que hizo Jesús, la
segunda, al venir de Judea a Galilea.

5

Jesús sana a un enfermo en Betesda

1 Después de esto hubo una fiesta de los
judíos, y Jesús subió a Jerusalén.
2 Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las
Ovejas, un estanque llamado en hebreo Betesda,
que tiene cinco pórticos.
3 En ellos yacía una multitud de enfermos:
ciegos, cojos y personas con miembros
atrofiados.

4 [Porque un ángel bajaba de tiempo en tiempo
al estanque y agitaba el agua. El primero que
entraba después de agitarse el agua quedaba
sano de cualquier enfermedad que tuviera.]
5 Había allí un hombre que llevaba treinta y
ocho años enfermo.
6 Cuando Jesús lo vio tendido y supo que
llevaba ya mucho tiempo así, le preguntó:
«¿Quieres quedar sano?».
7 El enfermo le respondió: «Señor, no tengo a
nadie que me meta en el estanque cuando se
agita el agua. Mientras yo voy, otro baja antes
que yo».
8 Jesús le dijo: «Levántate, toma tu camilla y
anda».
9 Al instante, el hombre quedó sano, tomó su
camilla y caminaba. Aquel día era sábado.

La controversia sobre el sábado y la autoridad de Jesús

10 Entonces los judíos decían al que había sido
sanado: «Es sábado, y no te está permitido llevar
la camilla».
11 Él les respondió: «El que me sanó me dijo:
“Toma tu camilla y anda”».
12 Le preguntaron: «¿Quién es el hombre que
te dijo: “Tómala y anda”?».
13 Pero el que había sido sanado no sabía
quién era, porque Jesús se había retirado entre
la multitud que había en aquel lugar.
14 Después Jesús lo encontró en el templo y le
dijo: «Mira, has quedado sano. No peques más,
para que no te suceda algo peor».

15 El hombre se fue y anunció a los judíos que
Jesús era quien lo había sanado.
16 Por eso los judíos perseguían a Jesús,
porque hacía estas cosas en sábado.
17 Pero él les respondió: «Mi Padre sigue
trabajando hasta ahora, y yo también trabajo».
18 Por esto los judíos buscaban aún más
matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado,
sino que también llamaba a Dios su propio
Padre, haciéndose igual a Dios.

La autoridad del Hijo

19 Entonces Jesús les respondió: «En verdad,
en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada
por su propia cuenta, sino lo que ve hacer al
Padre. Porque todo lo que aquel hace, también
el Hijo lo hace de igual manera.
20 Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo
lo que él hace; y le mostrará obras mayores que
estas, para que ustedes se asombren.
21 Porque así como el Padre levanta a los
muertos y les da vida, así también el Hijo da
vida a quienes quiere.
22 El Padre no juzga a nadie, sino que ha
entregado todo el juicio al Hijo,
23 para que todos honren al Hijo como honran
al Padre. El que no honra al Hijo no honra al
Padre que lo envió.
24 En verdad, en verdad les digo: el que oye mi
palabra y cree al que me envió tiene vida eterna
y no entra en juicio, sino que ha pasado de la
muerte a la vida.

25 En verdad, en verdad les digo: viene la
hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la
voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán.
26 Porque así como el Padre tiene vida en sí
mismo, así también ha concedido al Hijo tener
vida en sí mismo.
27 Y le ha dado autoridad para ejercer juicio,
porque es el Hijo del Hombre.
28 No se asombren de esto, porque viene la
hora en que todos los que están en los sepulcros
oirán su voz
29 y saldrán: los que hicieron el bien, a una
resurrección de vida; y los que practicaron el
mal, a una resurrección de juicio.
30 Yo no puedo hacer nada por mi propia
cuenta. Juzgo según lo que oigo, y mi juicio es
justo, porque no busco mi voluntad, sino la
voluntad del que me envió.

Testigos de Cristo

31 Si yo doy testimonio de mí mismo, mi
testimonio no es verdadero.
32 Otro es el que da testimonio de mí, y sé que
es verdadero el testimonio que da de mí.
33 Ustedes enviaron mensajeros a Juan, y él ha
dado testimonio de la verdad.
34 Pero yo no recibo testimonio de un ser
humano; digo estas cosas para que ustedes sean
salvados.
35 Él era la lámpara que ardía y brillaba, y
ustedes quisieron alegrarse por un tiempo en su
luz.
36 Pero yo tengo un testimonio mayor que el
de Juan, porque las obras que el Padre me ha

dado para que las lleve a término, las mismas
obras que hago, dan testimonio de mí: que el
Padre me ha enviado.
37 Y el Padre que me envió ha dado testimonio
de mí. Ustedes nunca han oído su voz ni han
visto su aspecto,
38 y no tienen su palabra permaneciendo en
ustedes, porque no creen al que él envió.

El testimonio de las Escrituras y el rechazo de Jesús

39 Ustedes escudriñan las Escrituras porque
piensan que en ellas tienen vida eterna; y ellas
son las que dan testimonio de mí.
40 Sin embargo, no quieren venir a mí para
tener vida.
41 No recibo gloria de los seres humanos,
42 pero los conozco: no tienen el amor de Dios
en ustedes mismos.
43 Yo he venido en el nombre de mi Padre y no
me reciben. Si otro viene en su propio nombre,
a ese lo recibirán.
44 ¿Cómo pueden creer ustedes, que reciben
gloria unos de otros y no buscan la gloria que
viene del único Dios?
45 No piensen que yo los acusaré ante el Padre.
Quien los acusa es Moisés, en quien han puesto
su esperanza.
46 Porque si creyeran a Moisés, me creerían a
mí, pues él escribió acerca de mí.
47 Pero si no creen en sus escritos, ¿cómo
creerán en mis palabras?».

6

Alimentación de los cinco mil
Acontecimiento paralelo: Mateo 14:13–21; Marcos 6:30–44; Lucas 9:10–17.

1 Después de esto, Jesús fue al otro lado del
mar de Galilea, el de Tiberias.
2 Lo seguía una gran multitud, porque veían
las señales que hacía en los enfermos.
3 Jesús subió al monte y se sentó allí con sus
discípulos.
4 Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.
5 Entonces Jesús levantó la mirada y, al ver
que una gran multitud venía hacia él, dijo a
Felipe: «¿Dónde compraremos pan para que
coman estos?».
6 Decía esto para ponerlo a prueba, porque él
sabía lo que iba a hacer.
7 Felipe le respondió: «Ni el pan comprado con
meses enteros de salario alcanzaría para que
cada uno recibiera un poco».
8 Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de
Simón Pedro, le dijo:
9 «Aquí hay un muchacho que tiene cinco
panes de cebada y dos pescaditos; pero ¿qué es
esto para tantos?».
10 Jesús dijo: «Hagan que la gente se recueste».
Había mucha hierba en aquel lugar. Así que se
recostaron los hombres, unos cinco mil.
11 Entonces Jesús tomó los panes, dio gracias y
los repartió a los que estaban recostados; del
mismo modo repartió de los pescados, todo lo
que querían.

12 Cuando quedaron satisfechos, dijo a sus
discípulos: «Recojan los pedazos que sobraron,
para que no se pierda nada».
13 Los recogieron y llenaron doce canastas con
los pedazos de los cinco panes de cebada que
habían sobrado a los que comieron.
14 Al ver la señal que había hecho, la gente
decía: «Verdaderamente este es el Profeta que
viene al mundo».
15 Jesús, sabiendo que iban a venir a
apoderarse de él para hacerlo rey, se retiró de
nuevo al monte, él solo.

Jesús anda sobre el mar
Acontecimiento paralelo: Mateo 14:22–33; Marcos 6:45–52.

16 Al atardecer, sus discípulos bajaron al mar,
17 subieron a una barca y comenzaron a
cruzar el mar hacia Capernaúm. Ya había
oscurecido, y Jesús todavía no había llegado a
ellos.
18 El mar se agitaba por un viento fuerte que
soplaba.
19 Cuando habían remado unos cinco o seis
kilómetros, vieron a Jesús caminando sobre el
mar y acercándose a la barca, y tuvieron miedo.
20 Pero él les dijo: «Yo soy; no teman».
21 Entonces quisieron recibirlo en la barca, y
al instante la barca llegó a la tierra adonde iban.

La gente busca a Jesús

22 Al día siguiente, la multitud que se había
quedado al otro lado del mar vio que allí no
había habido más que una barca, y que Jesús no

había subido a ella con sus discípulos, sino que
sus discípulos se habían ido solos.
23 Pero llegaron barcas de Tiberias cerca del
lugar donde habían comido el pan después de
que el Señor dio gracias.
24 Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus
discípulos estaban allí, subieron a las barcas y
fueron a Capernaúm en busca de Jesús.

Jesús, el pan de vida

25 Al encontrarlo al otro lado del mar, le
preguntaron: «Rabí, ¿cuándo llegaste aquí?».
26 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad
les digo: me buscan, no porque vieron señales,
sino porque comieron de los panes y quedaron
satisfechos.
27 Trabajen, no por el alimento que perece,
sino por el alimento que permanece para vida
eterna, el cual les dará el Hijo del Hombre;
porque a él Dios, el Padre, le ha puesto su sello».
28 Entonces le preguntaron: «¿Qué debemos
hacer para realizar las obras de Dios?».
29 Jesús les respondió: «Esta es la obra de Dios:
que crean en aquel a quien él envió».
30 Ellos le preguntaron: «¿Qué señal haces tú,
entonces, para que veamos y te creamos? ¿Qué
obra realizas?
31 Nuestros antepasados comieron el maná en
el desierto, como está escrito: “Les dio a comer
pan del cielo”».
32 Jesús les dijo: «En verdad, en verdad les
digo: no fue Moisés quien les dio el pan del

cielo, sino que mi Padre les da el verdadero pan
del cielo.
33 Porque el pan de Dios es el que desciende
del cielo y da vida al mundo».
34 Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre
este pan».

La vida que Jesús promete a quienes creen

35 Jesús les dijo: «Yo soy el pan de vida. El que
viene a mí nunca tendrá hambre, y el que cree
en mí jamás tendrá sed.
36 Pero les he dicho que me han visto y no
creen.
37 Todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y al
que viene a mí jamás lo echaré fuera.
38 Porque he bajado del cielo, no para hacer
mi propia voluntad, sino la voluntad del que me
envió.
39 Y esta es la voluntad del que me envió: que
de todo lo que me ha dado no pierda nada, sino
que lo resucite en el día final.
40 Porque esta es la voluntad de mi Padre: que
todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida
eterna; y yo lo resucitaré en el día final».

La objeción sobre el origen de Jesús

41 Los judíos murmuraban de él porque había
dicho: «Yo soy el pan que bajó del cielo».
42 Y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José,
cuyo padre y cuya madre conocemos? ¿Cómo
dice ahora: “He bajado del cielo”?».
43 Jesús les respondió: «No murmuren entre
ustedes.

44 Nadie puede venir a mí si el Padre que me
envió no lo atrae; y yo lo resucitaré en el día
final.
45 Está escrito en los profetas: “Todos serán
enseñados por Dios”. Todo el que ha oído al
Padre y ha aprendido viene a mí.
46 No es que alguien haya visto al Padre, sino
aquel que viene de Dios; ese ha visto al Padre.
47 En verdad, en verdad les digo: el que cree
tiene vida eterna.
48 Yo soy el pan de vida.
49 Sus antepasados comieron el maná en el
desierto y murieron.
50 Este es el pan que desciende del cielo, para
que quien coma de él no muera.

La entrega de Jesús por la vida del mundo

51 Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si
alguien come de este pan, vivirá para siempre. Y
el pan que yo daré es mi carne, por la vida del
mundo».
52 Entonces los judíos discutían entre sí,
diciendo: «¿Cómo puede este darnos a comer su
carne?».
53 Jesús les dijo: «En verdad, en verdad les
digo: si no comen la carne del Hijo del Hombre y
beben su sangre, no tienen vida en ustedes
mismos.
54 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene
vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final.
55 Porque mi carne es verdadera comida, y mi
sangre es verdadera bebida.
56 El que come mi carne y bebe mi sangre
permanece en mí, y yo en él.

57 Así como me envió el Padre viviente, y yo
vivo por el Padre, así también el que se alimenta
de mí vivirá por mí.
58 Este es el pan que bajó del cielo. No es como
lo que comieron los antepasados, que murieron;
el que come este pan vivirá para siempre».
59 Dijo estas cosas mientras enseñaba en una
sinagoga en Capernaúm.

Los discípulos ante la enseñanza de Jesús

60 Al oírlo, muchos de sus discípulos dijeron:
«Dura es esta palabra. ¿Quién puede
escucharla?».
61 Jesús, sabiendo en sí mismo que sus
discípulos murmuraban de esto, les dijo: «¿Esto
los hace tropezar?
62 ¿Y si ven al Hijo del Hombre subir adonde
estaba antes?
63 El Espíritu es el que da vida; la carne no
sirve de nada. Las palabras que les he hablado
son espíritu y son vida.
64 Pero hay algunos entre ustedes que no
creen». Porque Jesús sabía desde el principio
quiénes eran los que no creían y quién era el que
lo iba a entregar.
65 Y decía: «Por esto les he dicho que nadie
puede venir a mí si no le ha sido concedido por
el Padre».
66 Desde entonces, muchos de sus discípulos se
volvieron atrás y ya no caminaban con él.

La confesión de Pedro y la advertencia sobre Judas

67 Entonces Jesús preguntó a los doce:
«¿También ustedes quieren irse?».
68 Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién
iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.
69 Y nosotros hemos creído y hemos llegado a
conocer que tú eres el Santo de Dios».
70 Jesús les respondió: «¿No los he elegido yo a
ustedes, los doce? Y uno de ustedes es un
diablo».
71 Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote,
porque este iba a entregarlo, siendo uno de los
doce.

7

Incredulidad de los hermanos de Jesús

1 Después de esto, Jesús recorría Galilea. No
quería recorrer Judea, porque los judíos
buscaban matarlo.
2 Se acercaba la fiesta de los judíos, la de los
Tabernáculos.
3 Sus hermanos le dijeron: «Sal de aquí y ve a
Judea, para que también tus discípulos vean las
obras que haces.
4 Porque nadie hace algo en secreto mientras
busca darse a conocer públicamente. Si haces
estas cosas, muéstrate al mundo».
5 Pues ni siquiera sus hermanos creían en él.
6 Jesús les dijo: «Mi tiempo todavía no ha
llegado, pero el de ustedes siempre es oportuno.
7 El mundo no puede odiarlos a ustedes, pero
a mí me odia, porque doy testimonio de que sus
obras son malas.

8 Suban ustedes a la fiesta. Yo no subo a esta
fiesta, porque mi tiempo todavía no se ha
cumplido».
9 Después de decir esto, se quedó en Galilea.

Jesús en la fiesta de los tabernáculos

10 Pero cuando sus hermanos subieron a la
fiesta, entonces él también subió, sin hacerse ver,
como en secreto.
11 Los judíos lo buscaban en la fiesta y decían:
«¿Dónde está aquel?».
12 Había mucho murmullo acerca de él entre
las multitudes. Unos decían: «Es bueno». Otros
decían: «No, sino que engaña a la gente».
13 Sin embargo, nadie hablaba abiertamente
de él por miedo a los judíos.

La autoridad de la enseñanza de Jesús

14 Cuando la fiesta iba ya por la mitad, Jesús
subió al templo y enseñaba.
15 Los judíos se asombraban y decían: «¿Cómo
sabe este de letras sin haber estudiado?».
16 Jesús les respondió: «Mi enseñanza no es
mía, sino del que me envió.
17 Si alguien quiere hacer su voluntad, sabrá si
la enseñanza viene de Dios o si yo hablo por mi
propia cuenta.
18 El que habla por su propia cuenta busca su
propia gloria. Pero el que busca la gloria del que
lo envió es verdadero, y no hay injusticia en él.
19 ¿No les ha dado Moisés la ley? Sin embargo,
ninguno de ustedes cumple la ley. ¿Por qué
buscan matarme?».
20 La multitud respondió: «Tienes un demonio.
¿Quién busca matarte?».

21 Jesús les respondió: «Una obra hice, y todos
se asombran.
22 Por esto Moisés les ha dado la circuncisión
—que no procede de Moisés, sino de los
antepasados—, y ustedes circuncidan a un
hombre en sábado.
23 Si un hombre recibe la circuncisión en
sábado para que no se quebrante la ley de
Moisés, ¿se enojan conmigo porque sané por
completo a un hombre en sábado?
24 No juzguen por las apariencias, sino
juzguen con juicio justo».

¿Es este el Cristo?

25 Entonces algunos de los habitantes de
Jerusalén decían: «¿No es este al que buscan
matar?
26 Miren, habla abiertamente y no le dicen
nada. ¿Será que los gobernantes han reconocido
de verdad que este es el Cristo?
27 Pero de este sabemos de dónde es. En
cambio, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de
dónde es».
28 Mientras enseñaba en el templo, Jesús alzó
la voz y dijo: «Ustedes me conocen y saben de
dónde soy. Sin embargo, no he venido por mi
propia cuenta. El que me envió es verdadero, y
ustedes no lo conocen.
29 Yo lo conozco, porque vengo de él, y él me
envió».
30 Entonces buscaban prenderlo, pero nadie le
puso la mano encima, porque todavía no había
llegado su hora.

31 Muchos de la multitud creyeron en él y
decían: «Cuando venga el Cristo, ¿acaso hará
más señales de las que este ha hecho?».

La orden de detener a Jesús

32 Los fariseos oyeron a la multitud murmurar
estas cosas acerca de él, y los principales
sacerdotes y los fariseos enviaron guardias para
prenderlo.
33 Entonces Jesús dijo: «Todavía estoy con
ustedes un poco de tiempo, y voy al que me
envió.
34 Me buscarán y no me encontrarán; y donde
yo estoy, ustedes no pueden venir».
35 Los judíos se decían unos a otros: «¿Adónde
piensa ir este, que nosotros no lo
encontraremos? ¿Acaso piensa ir a los dispersos
entre los griegos y enseñar a los griegos?
36 ¿Qué significa esto que dijo: "Me buscarán y
no me encontrarán; y donde yo estoy, ustedes no
pueden venir"?».

Ríos de agua viva

37 En el último día de la fiesta, el gran día, Jesús
se puso de pie y alzó la voz, diciendo: «Si
alguien tiene sed, que venga a mí y beba.
38 El que cree en mí, como dijo la Escritura, de
su interior correrán ríos de agua viva».
39 Dijo esto acerca del Espíritu que iban a
recibir los que habían creído en él; pues todavía
no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún
no había sido glorificado.

División entre la gente

40 Entonces algunos de la multitud, al oír estas
palabras, decían: «Verdaderamente este es el
Profeta».
41 Otros decían: «Este es el Cristo». Pero
algunos preguntaban: «¿Acaso el Cristo viene de
Galilea?
42 ¿No ha dicho la Escritura que el Cristo viene
de la descendencia de David y de Belén, la aldea
donde vivió David?».
43 Así que hubo división entre la multitud a
causa de él.
44 Algunos de ellos querían prenderlo, pero
nadie le puso las manos encima.

Los guardias y Nicodemo ante las autoridades

45 Los guardias volvieron a los principales
sacerdotes y a los fariseos, y estos les
preguntaron: «¿Por qué no lo trajeron?».
46 Los guardias respondieron: «¡Jamás
hombre alguno ha hablado como este hombre!».
47 Entonces los fariseos les respondieron:
«¿También ustedes han sido engañados?
48 ¿Acaso ha creído en él alguno de los
gobernantes o de los fariseos?
49 Pero esta multitud que no conoce la ley es
maldita».

Nicodemo reclama un juicio conforme a la ley

50 Nicodemo, el que antes había ido a Jesús y
que era uno de ellos, les dijo:
51 «¿Acaso nuestra ley juzga a un hombre sin
escucharlo primero y saber lo que hace?».

52 Ellos le respondieron: «¿También tú eres de
Galilea? Examina y ve que de Galilea no surge
ningún profeta».

La mujer adúltera

53 Y cada uno se fue a su casa.

8

1 Pero Jesús fue al monte de los Olivos.
2 Al amanecer volvió al templo, y todo el
pueblo acudía. Él se sentó y les enseñaba.
3 Los escribas y los fariseos le llevaron una
mujer sorprendida en adulterio y la pusieron en
medio.
4 Para ponerlo a prueba, le dijeron: «Maestro,
esta mujer fue sorprendida en el acto de
adulterio.
5 En la ley, Moisés nos mandó apedrear a
mujeres como esta. Tú, entonces, ¿qué dices?».
6 Decían esto para ponerlo a prueba y tener de
qué acusarlo. Pero Jesús se inclinó y escribía en
el suelo con el dedo, sin hacerles caso.
7 Como insistían en preguntarle, se incorporó
y les dijo: «El que de ustedes esté sin pecado,
que sea el primero en arrojar una piedra contra
ella».
8 Y volvió a inclinarse y escribía en el suelo.
9 Al oírlo, acusados por su conciencia, fueron
saliendo uno por uno, comenzando por los de
más edad. Jesús quedó solo, y la mujer
permanecía en medio.
10 Jesús se incorporó y, al no ver a nadie más
que a la mujer, le dijo: «¿Dónde están esos
acusadores tuyos? ¿Nadie te condenó?».

11 Ella respondió: «Nadie, Señor». Jesús le dijo:
«Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más».

Jesús, la luz del mundo

12 Jesús volvió a hablarles, diciendo: «Yo soy la
luz del mundo. El que me sigue jamás andará en
tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida».
13 Entonces los fariseos le dijeron: «Tú das
testimonio de ti mismo; tu testimonio no es
verdadero».
14 Jesús les respondió: «Aunque yo dé
testimonio de mí mismo, mi testimonio es
verdadero, porque sé de dónde vine y adónde
voy. Pero ustedes no saben de dónde vengo ni
adónde voy.
15 Ustedes juzgan según la carne; yo no juzgo a
nadie.
16 Pero aun si yo juzgo, mi juicio es verdadero,
porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me
envió.
17 También en la ley de ustedes está escrito
que el testimonio de dos personas es verdadero.
18 Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y
el Padre que me envió da testimonio de mí».
19 Entonces le preguntaron: «¿Dónde está tu
Padre?». Jesús respondió: «No me conocen ni a
mí ni a mi Padre. Si me conocieran a mí,
también conocerían a mi Padre».
20 Él dijo estas palabras en el lugar de las
ofrendas, mientras enseñaba en el templo.
Nadie lo prendió, porque todavía no había
llegado su hora.

La partida de Jesús y la necesidad de creer

21 Volvió a decirles: «Yo me voy, y ustedes me
buscarán, pero morirán en su pecado. Adonde
yo voy, ustedes no pueden venir».
22 Los judíos decían: «¿Acaso se matará a sí
mismo, puesto que dice: “Adonde yo voy, ustedes
no pueden venir”?».
23 Él les decía: «Ustedes son de abajo; yo soy de
arriba. Ustedes son de este mundo; yo no soy de
este mundo.
24 Por eso les dije que morirán en sus pecados.
Porque si no creen que yo soy, morirán en sus
pecados».
25 Entonces le preguntaron: «¿Tú quién eres?».
Jesús les respondió: «¿Por qué les hablo
siquiera?
26 Tengo mucho que decir y juzgar acerca de
ustedes. Pero el que me envió es verdadero, y lo
que he oído de él, eso digo al mundo».
27 Ellos no entendieron que les hablaba del
Padre.
28 Entonces Jesús dijo: «Cuando levanten al
Hijo del Hombre, sabrán que yo soy y que no
hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo
como el Padre me enseñó.
29 El que me envió está conmigo; no me ha
dejado solo, porque yo hago siempre lo que le
agrada».
30 Mientras decía estas cosas, muchos
creyeron en él.

La libertad que Jesús da a sus discípulos

31 Entonces Jesús decía a los judíos que le
habían creído: «Si permanecen en mi palabra,
son verdaderamente mis discípulos;
32 conocerán la verdad, y la verdad los hará
libres».
33 Ellos le respondieron: «Somos
descendientes de Abraham y nunca hemos sido
esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Llegarán a
ser libres"?».
34 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad
les digo: todo el que comete pecado es esclavo
del pecado.
35 El esclavo no permanece en la casa para
siempre; el hijo permanece para siempre.
36 Así que, si el Hijo los hace libres, serán
verdaderamente libres.
37 Sé que son descendientes de Abraham, pero
buscan matarme, porque mi palabra no tiene
cabida en ustedes.
38 Yo hablo de lo que he visto junto al Padre; y
ustedes hacen lo que han oído del padre».

La relación con Abraham y con Dios

39 Ellos le respondieron: «Nuestro padre es
Abraham». Jesús les dijo: «Si fueran hijos de
Abraham, harían las obras de Abraham.
40 Pero ahora buscan matarme, a mí, un
hombre que les ha hablado la verdad que oí de
Dios. Abraham no hizo esto.
41 Ustedes hacen las obras de su padre». Ellos
le dijeron: «Nosotros no hemos nacido de
inmoralidad sexual. Tenemos un solo Padre:
Dios».

42 Jesús les respondió: «Si Dios fuera su Padre,
me amarían, porque de Dios salí y he venido. No
he venido por mi propia cuenta, sino que él me
envió.
43 ¿Por qué no entienden mi lenguaje? Porque
no pueden escuchar mi palabra.
44 Ustedes son de su padre, el diablo, y quieren
cumplir los deseos de su padre. Él era homicida
desde el principio y no se ha mantenido en la
verdad, porque no hay verdad en él. Cuando
dice la mentira, habla de lo suyo, porque es
mentiroso y padre de la mentira.
45 Pero a mí, porque digo la verdad, no me
creen.
46 ¿Quién de ustedes puede demostrar que he
pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creen?
47 El que es de Dios escucha las palabras de
Dios. Por eso ustedes no escuchan: porque no
son de Dios».

La preexistencia de Cristo

48 Los judíos le respondieron: «¿No decimos
con razón que eres samaritano y que tienes un
demonio?».
49 Jesús respondió: «Yo no tengo un demonio,
sino que honro a mi Padre, y ustedes me
deshonran.
50 Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y
juzga.
51 En verdad, en verdad les digo: si alguien
guarda mi palabra, jamás verá la muerte».
52 Los judíos le dijeron: «Ahora sabemos que
tienes un demonio. Abraham murió, y también

los profetas, y tú dices: “Si alguien guarda mi
palabra, jamás probará la muerte”.
53 ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre
Abraham, que murió? También los profetas
murieron. ¿Quién pretendes ser?».
54 Jesús respondió: «Si yo me glorifico a mí
mismo, mi gloria no es nada. Mi Padre es el que
me glorifica, aquel de quien ustedes dicen: “Es
nuestro Dios”.
55 Ustedes no lo han conocido, pero yo lo
conozco. Si dijera que no lo conozco, sería un
mentiroso como ustedes. Pero lo conozco y
guardo su palabra.
56 Abraham, el padre de ustedes, se alegró de
que vería mi día; lo vio y se alegró».
57 Entonces los judíos le dijeron: «Todavía no
tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?».
58 Jesús les respondió: «En verdad, en verdad
les digo: antes de que Abraham existiera, yo
soy».
59 Entonces tomaron piedras para arrojárselas,
pero Jesús se ocultó y salió del templo.

9

Jesús sana a un ciego de nacimiento

1 Al pasar, Jesús vio a un hombre ciego de
nacimiento.
2 Sus discípulos le preguntaron: «Rabí, ¿quién
pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?».
3 Jesús respondió: «No fue porque pecó este ni
porque pecaron sus padres, sino para que las
obras de Dios se manifiesten en él.

4 Debemos hacer las obras del que me envió
mientras es de día. Viene la noche, cuando
nadie puede trabajar.
5 Mientras estoy en el mundo, soy la luz del
mundo».
6 Después de decir esto, escupió en el suelo,
hizo lodo con la saliva y untó el lodo en los ojos
del hombre.
7 Le dijo: «Ve a lavarte en el estanque de
Siloé» —que significa Enviado—. Él fue, se lavó y
regresó viendo.

Los vecinos preguntan por la sanidad

8 Entonces los vecinos y los que antes lo
habían visto como mendigo decían: «¿No es este
el que se sentaba a mendigar?».
9 Unos decían: «Es él». Otros decían: «No, pero
se le parece». Él decía: «Soy yo».
10 Entonces le preguntaron: «¿Cómo se te
abrieron los ojos?».
11 Él respondió: «El hombre llamado Jesús hizo
lodo, me untó los ojos y me dijo: "Ve a Siloé y
lávate". Así que fui, me lavé y recibí la vista».
12 Le preguntaron: «¿Dónde está él?».
Respondió: «No lo sé».

Los fariseos interrogan al ciego sanado

13 Llevaron ante los fariseos al que antes había
sido ciego.
14 Era sábado el día en que Jesús había hecho
el lodo y le había abierto los ojos.

15 Entonces los fariseos también le
preguntaban cómo había recibido la vista. Él les
dijo: «Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo».
16 Algunos de los fariseos decían: «Este
hombre no viene de Dios, porque no guarda el
sábado». Otros decían: «¿Cómo puede un
hombre pecador hacer tales señales?». Y había
división entre ellos.
17 Volvieron a preguntar al ciego: «¿Qué dices
tú de él, puesto que te abrió los ojos?». Él
respondió: «Es un profeta».

El testimonio de los padres y su temor

18 Los judíos no creyeron que hubiera sido
ciego y hubiera recibido la vista hasta que
llamaron a los padres del que había recibido la
vista.
19 Les preguntaron: «¿Es este su hijo, del que
ustedes dicen que nació ciego? ¿Cómo es que
ahora ve?».
20 Sus padres respondieron: «Sabemos que
este es nuestro hijo y que nació ciego.
21 Pero cómo ve ahora, no lo sabemos; ni
sabemos quién le abrió los ojos. Pregúntenle a él;
ya tiene edad. Él hablará por sí mismo».
22 Sus padres dijeron esto porque tenían
miedo de los judíos, pues los judíos ya habían
acordado que, si alguien lo reconocía como el
Cristo, fuera expulsado de la sinagoga.
23 Por eso sus padres dijeron: «Ya tiene edad;
pregúntenle a él».

El testimonio del hombre frente a sus interrogadores

24 Entonces llamaron por segunda vez al
hombre que había sido ciego y le dijeron: «Da
gloria a Dios. Nosotros sabemos que este
hombre es pecador».
25 Él respondió: «Si es pecador, no lo sé. Una
cosa sé: que yo era ciego y ahora veo».
26 Le preguntaron: «¿Qué te hizo? ¿Cómo te
abrió los ojos?».
27 Él les respondió: «Ya se lo he dicho y no
escucharon. ¿Por qué quieren oírlo otra vez?
¿Acaso también ustedes quieren hacerse sus
discípulos?».
28 Entonces lo insultaron y dijeron: «Tú eres
discípulo de ese; nosotros somos discípulos de
Moisés.
29 Sabemos que Dios ha hablado a Moisés,
pero de este no sabemos de dónde es».
30 El hombre les respondió: «Pues esto es lo
asombroso: que ustedes no saben de dónde es, y
él me abrió los ojos.
31 Sabemos que Dios no escucha a los
pecadores; pero si alguien teme a Dios y hace su
voluntad, a ese lo escucha.
32 Jamás se ha oído que alguien abriera los
ojos de un ciego de nacimiento.
33 Si este no viniera de Dios, no podría hacer
nada».
34 Ellos le respondieron: «Tú naciste por
completo en pecados, ¿y nos enseñas a
nosotros?». Y lo echaron fuera.

Jesús recibe al hombre expulsado

35 Jesús oyó que lo habían echado fuera y, al
encontrarlo, le preguntó: «¿Crees tú en el Hijo
del Hombre?».
36 Él respondió: «¿Y quién es, Señor, para que
crea en él?».
37 Jesús le dijo: «Lo has visto, y el que habla
contigo es él».
38 Entonces dijo: «Creo, Señor». Y lo adoró.

La luz de Jesús revela la ceguera espiritual

39 Jesús dijo: «Para juicio he venido a este
mundo, para que los que no ven vean, y los que
ven queden ciegos».
40 Algunos de los fariseos que estaban con él
oyeron esto y le preguntaron: «¿Acaso también
nosotros somos ciegos?».
41 Jesús les respondió: «Si fueran ciegos, no
tendrían pecado. Pero ahora dicen: "Vemos". Su
pecado permanece».

10

El pastor y quienes amenazan al rebaño

1 «En verdad, en verdad les digo: el que no
entra por la puerta al redil de las ovejas, sino
que trepa por otra parte, es ladrón y bandido.
2 Pero el que entra por la puerta es el pastor
de las ovejas.
3 A este le abre el portero, y las ovejas
escuchan su voz. Él llama por nombre a sus
propias ovejas y las saca.
4 Cuando ha sacado a todas las suyas, va
delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque
conocen su voz.

5 Jamás seguirán a un extraño, sino que huirán
de él, porque no conocen la voz de los extraños».
6 Jesús les dijo esta comparación, pero ellos no
entendieron qué era lo que les decía.

Jesús es la puerta de salvación

7 Entonces Jesús volvió a decirles: «En verdad,
en verdad les digo: yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos los que vinieron antes de mí son
ladrones y bandidos, pero las ovejas no los
escucharon.
9 Yo soy la puerta. Si alguien entra por mí,
será salvado; entrará, saldrá y encontrará pasto.
10 El ladrón solo viene para robar, matar y
destruir. Yo vine para que tengan vida y la
tengan en abundancia.

Jesús, el buen pastor

11 Yo soy el buen pastor. El buen pastor
entrega su vida por las ovejas.
12 El asalariado, que no es pastor y a quien no
pertenecen las ovejas, ve venir al lobo,
abandona las ovejas y huye —y el lobo las
arrebata y las dispersa—,
13 porque es asalariado y no le importan las
ovejas.
14 Yo soy el buen pastor. Conozco a las mías, y
las mías me conocen,
15 como el Padre me conoce y yo conozco al
Padre; y entrego mi vida por las ovejas.
16 También tengo otras ovejas que no son de
este redil. A ellas también debo traerlas, y
escucharán mi voz; y formarán un solo rebaño,
con un solo pastor.

El amor del Padre y la entrega del Hijo

17 Por esto me ama el Padre: porque yo
entrego mi vida para volver a tomarla.
18 Nadie me la quita, sino que yo la entrego
por mi propia voluntad. Tengo autoridad para
entregarla y tengo autoridad para volver a
tomarla. Este mandamiento recibí de mi Padre».

La discusión sobre la autoridad de Jesús

19 De nuevo hubo división entre los judíos por
estas palabras.
20 Muchos de ellos decían: «Tiene un demonio
y está fuera de sí. ¿Por qué lo escuchan?».
21 Otros decían: «Estas palabras no son de un
endemoniado. ¿Acaso un demonio puede abrir
los ojos de los ciegos?».

Jesús revela su unidad con el Padre

22 En aquel tiempo se celebraba en Jerusalén
la fiesta de la Dedicación. Era invierno,
23 y Jesús caminaba en el templo por el pórtico
de Salomón.
24 Entonces los judíos lo rodearon y le
preguntaron: «¿Hasta cuándo nos tendrás en
suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo
abiertamente».
25 Jesús les respondió: «Se lo he dicho y no
creen. Las obras que hago en el nombre de mi
Padre dan testimonio de mí.
26 Pero ustedes no creen porque no son de mis
ovejas.
27 Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco
y ellas me siguen.

28 Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán, ni
nadie las arrebatará de mi mano.
29 Mi Padre, en cuanto a lo que me ha dado, es
mayor que todos, y nadie puede arrebatarlas de
la mano del Padre.
30 Yo y el Padre somos uno».

31 Los judíos volvieron a tomar piedras para
apedrearlo.
32 Jesús les respondió: «Les he mostrado
muchas buenas obras de parte del Padre. ¿Por
cuál de ellas me apedrean?».
33 Los judíos le respondieron: «No te
apedreamos por una buena obra, sino por
blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces
Dios».
34 Jesús les respondió: «¿No está escrito en la
ley de ustedes: "Yo dije: ustedes son dioses"?
35 Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la
palabra de Dios —y la Escritura no puede ser
quebrantada—,
36 ¿ustedes le dicen al que el Padre santificó y
envió al mundo: "Blasfemas", porque dije: "Soy
Hijo de Dios"?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no me
crean.
38 Pero si las hago, aunque no me crean a mí,
crean a las obras, para que conozcan y sigan
conociendo que el Padre está en mí y yo en el
Padre».
39 Entonces buscaban prenderlo otra vez, pero
él escapó de sus manos.

Muchos creen al otro lado del Jordán

40 Se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al
lugar donde Juan había estado bautizando al
principio, y se quedó allí.
41 Muchos vinieron a él y decían: «Juan no hizo
ninguna señal, pero todo lo que Juan dijo de este
era verdad».
42 Y muchos creyeron en él allí.

11

La enfermedad de Lázaro y el regreso a Judea

1 Estaba enfermo un hombre llamado Lázaro,
de Betania, la aldea de María y de su hermana
Marta.
2 María era la que ungió al Señor con perfume
y le secó los pies con su cabello. Su hermano
Lázaro estaba enfermo.
3 Las hermanas enviaron a decirle: «Señor,
mira, el que amas está enfermo».
4 Al oírlo, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es
para muerte, sino para la gloria de Dios, para
que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de
ella».
5 Jesús amaba a Marta, a su hermana y a
Lázaro.
6 Así que, cuando oyó que estaba enfermo, se
quedó dos días en el lugar donde estaba.

El regreso a Judea y la luz para el camino

7 Después de esto, dijo a los discípulos:
«Vayamos otra vez a Judea».
8 Los discípulos le dijeron: «Rabí, hace poco los
judíos buscaban apedrearte, ¿y vuelves allá?».

9 Jesús respondió: «¿No tiene el día doce
horas? Si alguien camina de día, no tropieza,
porque ve la luz de este mundo.
10 Pero si alguien camina de noche, tropieza,
porque la luz no está en él».

Jesús anuncia que despertará a Lázaro

11 Dijo esto, y después añadió: «Nuestro amigo
Lázaro se ha dormido, pero voy a despertarlo».
12 Los discípulos le dijeron: «Señor, si se ha
dormido, se recuperará».
13 Jesús había hablado de su muerte, pero ellos
pensaron que hablaba del descanso del sueño.
14 Entonces Jesús les dijo claramente: «Lázaro
ha muerto,
15 y por ustedes me alegro de no haber estado
allí, para que crean. Pero vayamos a él».
16 Entonces Tomás, llamado Dídimo, dijo a sus
compañeros discípulos: «Vayamos también
nosotros para morir con él».

Jesús, la resurrección y la vida

17 Cuando Jesús llegó, encontró que Lázaro
llevaba ya cuatro días en el sepulcro.
18 Betania estaba cerca de Jerusalén, a unos
pocos kilómetros,
19 y muchos de los judíos habían ido a Marta y
a María para consolarlas por su hermano.
20 Cuando Marta oyó que Jesús venía, salió a
su encuentro, mientras María permanecía
sentada en casa.
21 Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras
estado aquí, mi hermano no habría muerto.

22 Y aun ahora sé que todo lo que le pidas a
Dios, Dios te lo dará».
23 Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».
24 Marta le respondió: «Sé que resucitará en la
resurrección, en el día final».
25 Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la
vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá.
26 Y todo el que vive y cree en mí jamás
morirá. ¿Crees esto?».
27 Ella le respondió: «Sí, Señor. Yo he creído
que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene
al mundo».

Jesús comparte el dolor de María y de quienes la acompañan

28 Después de decir esto, fue y llamó a su
hermana María, diciéndole en secreto: «El
Maestro está aquí y te llama».
29 Cuando ella lo oyó, se levantó de prisa y fue
hacia él.
30 Jesús todavía no había entrado en la aldea,
sino que seguía en el lugar donde Marta había
salido a su encuentro.
31 Los judíos que estaban con María en la casa
y la consolaban, al verla levantarse de prisa y
salir, la siguieron, pensando que iba al sepulcro
para llorar allí.
32 Cuando María llegó adonde estaba Jesús y lo
vio, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras
estado aquí, mi hermano no habría muerto».
33 Jesús, al verla llorar y ver llorar a los judíos
que habían venido con ella, se indignó en su
espíritu y se turbó.

34 Preguntó: «¿Dónde lo han puesto?». Le
respondieron: «Señor, ven y ve».
35 Jesús lloró.
36 Entonces los judíos decían: «¡Miren cuánto lo
amaba!».
37 Pero algunos de ellos dijeron: «¿No podía
este, que abrió los ojos del ciego, haber
impedido también que este muriera?».

Resurrección de Lázaro

38 Jesús, de nuevo indignado en su interior,
llegó al sepulcro. Era una cueva, y tenía una
piedra puesta sobre ella.
39 Jesús dijo: «Quiten la piedra». Marta, la
hermana del que había muerto, le dijo: «Señor,
ya huele mal, porque lleva cuatro días».
40 Jesús le respondió: «¿No te dije que, si crees,
verás la gloria de Dios?».

La oración al Padre y la llamada que da vida

41 Entonces quitaron la piedra. Jesús levantó
la mirada a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias
porque me has escuchado.
42 Yo sabía que siempre me escuchas, pero lo
dije por la multitud que está alrededor, para que
crean que tú me enviaste».
43 Después de decir esto, gritó con voz fuerte:
«¡Lázaro, ven fuera!».
44 El muerto salió, con los pies y las manos
atados con vendas y el rostro envuelto en un
paño. Jesús les dijo: «Desátenlo y déjenlo ir».

El complot para matar a Jesús
Mateo 26:1–5; Marcos 14:1–2; Lucas 22:1–2

45 Muchos de los judíos que habían ido a María
y vieron lo que hizo creyeron en él.
46 Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y
les contaron lo que Jesús había hecho.
47 Entonces los principales sacerdotes y los
fariseos reunieron al concilio y decían: «¿Qué
hacemos? Porque este hombre realiza muchas
señales.
48 Si lo dejamos seguir así, todos creerán en él,
y los romanos vendrán y nos quitarán tanto
nuestro lugar como nuestra nación».

El consejo de Caifás y el propósito de la muerte de Jesús

49 Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote
aquel año, les dijo: «Ustedes no saben nada,
50 ni consideran que les conviene que un solo
hombre muera por el pueblo y no que perezca la
nación entera».
51 No dijo esto por su propia cuenta, sino que,
por ser sumo sacerdote aquel año, profetizó que
Jesús iba a morir por la nación,
52 y no solo por la nación, sino también para
reunir en uno a los hijos de Dios que estaban
dispersos.
53 Así que desde aquel día decidieron matarlo.

Jesús se retira mientras se acerca la Pascua

54 Por eso Jesús ya no caminaba abiertamente
entre los judíos, sino que se fue de allí a la
región cercana al desierto, a una ciudad llamada
Efraín, y se quedó allí con los discípulos.

55 Se acercaba la Pascua de los judíos, y
muchos subieron de la región a Jerusalén antes
de la Pascua para purificarse.
56 Buscaban a Jesús y, mientras estaban en el
templo, se decían unos a otros: «¿Qué les
parece? ¿No vendrá a la fiesta?».
57 Los principales sacerdotes y los fariseos
habían dado órdenes de que, si alguien sabía
dónde estaba, lo denunciara, para poder
prenderlo.

12

Jesús es ungido en Betania
Mateo 26:6–13; Marcos 14:3–9

1 Seis días antes de la Pascua, Jesús fue a
Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús
había resucitado de entre los muertos.
2 Allí le prepararon una cena. Marta servía, y
Lázaro era uno de los que estaban recostados a
la mesa con él.
3 Entonces María tomó casi medio litro de
perfume de nardo puro, muy costoso, ungió los
pies de Jesús y le secó los pies con su cabello. La
casa se llenó de la fragancia del perfume.
4 Pero Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el
que iba a entregarlo, dijo:
5 «¿Por qué no se vendió este perfume por el
equivalente aproximado al salario de un año y
se dio a los pobres?».
6 Dijo esto, no porque le importaran los
pobres, sino porque era ladrón y, teniendo a su
cargo la bolsa del dinero, se llevaba lo que
depositaban en ella.

7 Entonces Jesús dijo: «Déjala, que lo guarde
para el día de mi sepultura.
8 Porque a los pobres siempre los tienen con
ustedes, pero a mí no siempre me tienen».

El complot contra Lázaro

9 Una gran multitud de los judíos supo que él
estaba allí y vino, no solo por Jesús, sino
también para ver a Lázaro, a quien había
resucitado de entre los muertos.
10 Pero los principales sacerdotes decidieron
matar también a Lázaro,
11 porque a causa de él muchos de los judíos se
apartaban y creían en Jesús.

La entrada triunfal en Jerusalén
Mateo 21:1–11; Marcos 11:1–11; Lucas 19:28–40

12 Al día siguiente, la gran multitud que había
venido a la fiesta, al oír que Jesús venía a
Jerusalén,
13 tomó ramas de palmera y salió a su
encuentro, gritando: «¡Hosanna! ¡Bendito el que
viene en el nombre del Señor, el rey de Israel!».
14 Jesús encontró un burrito y se montó en él,
como está escrito:
15 «No temas, hija de Sion.
Mira, tu rey viene, montado en la cría de
una burra».
16 Al principio sus discípulos no entendieron
estas cosas. Pero cuando Jesús fue glorificado,
recordaron que estas cosas estaban escritas
acerca de él y que se las habían hecho.

17 La multitud que estaba con él cuando llamó
a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de entre los
muertos daba testimonio.
18 Por eso también la multitud salió a su
encuentro, porque había oído que él había
realizado esta señal.
19 Entonces los fariseos se dijeron unos a
otros: «Ven que no consiguen nada. Miren, el
mundo se ha ido detrás de él».

Unos griegos buscan a Jesús

20 Había algunos griegos entre los que habían
subido a adorar durante la fiesta.
21 Se acercaron a Felipe, el de Betsaida de
Galilea, y le rogaron: «Señor, queremos ver a
Jesús».
22 Felipe fue y se lo dijo a Andrés; Andrés y
Felipe fueron y se lo dijeron a Jesús.

La hora del Hijo y el fruto de su entrega

23 Jesús les respondió: «Ha llegado la hora de
que el Hijo del Hombre sea glorificado.
24 En verdad, en verdad les digo: si el grano de
trigo no cae en la tierra y muere, queda solo;
pero si muere, produce mucho fruto.
25 El que ama su vida la pierde, y el que
aborrece su vida en este mundo la conservará
para vida eterna.
26 Si alguien me sirve, que me siga; y donde yo
estoy, allí estará también mi servidor. Si alguien
me sirve, el Padre lo honrará.

Jesús anuncia su muerte

27 Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré?
Padre, sálvame de esta hora. Pero para esto he
llegado a esta hora.
28 Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino
una voz del cielo: «Lo he glorificado y lo
glorificaré de nuevo».
29 La multitud que estaba allí y lo oyó decía
que había sido un trueno. Otros decían: «Un
ángel le ha hablado».
30 Jesús respondió: «Esta voz no ha venido por
mí, sino por ustedes.

El juicio del mundo y el Hijo levantado

31 Ahora es el juicio de este mundo; ahora el
gobernante de este mundo será echado fuera.
32 Y yo, si soy levantado de la tierra, atraeré a
todos hacia mí».
33 Decía esto para indicar de qué muerte iba a
morir.
34 La multitud le respondió: «Hemos oído de la
ley que el Cristo permanece para siempre.
¿Cómo dices tú que el Hijo del Hombre debe ser
levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?».

El llamado a creer en la luz

35 Jesús les dijo: «Todavía por un poco de
tiempo está la luz entre ustedes. Caminen
mientras tienen la luz, para que la oscuridad no
los alcance. El que camina en la oscuridad no
sabe adónde va.
36 Mientras tienen la luz, crean en la luz, para
que lleguen a ser hijos de luz». Jesús dijo estas
cosas y se fue y se ocultó de ellos.

La incredulidad y el temor ante las señales de Jesús

37 Aunque había hecho tantas señales delante
de ellos, no creían en él,
38 para que se cumpliera la palabra del profeta
Isaías, que dijo:
«Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio?
¿Y a quién se ha revelado el brazo del
Señor?».
39 Por esto no podían creer, porque Isaías dijo
también:
40 «Ha cegado sus ojos y ha endurecido su
corazón, para que no vean con los ojos ni
entiendan con el corazón ni se vuelvan y
yo los sane».
41 Isaías dijo estas cosas porque vio su gloria y
habló acerca de él.

La fe oculta por temor a la exclusión

42 Sin embargo, muchos, incluso de los
gobernantes, creyeron en él. Pero por causa de
los fariseos no lo confesaban, para no ser
expulsados de la sinagoga,
43 porque amaron más la gloria de los seres
humanos que la gloria de Dios.

Creer en Jesús y recibir la palabra del Padre

44 Jesús alzó la voz y dijo: «El que cree en mí
no cree en mí, sino en el que me envió.
45 Y el que me ve, ve al que me envió.
46 Yo he venido al mundo como luz, para que
todo el que cree en mí no permanezca en la
oscuridad.

47 Si alguien oye mis palabras y no las guarda,
yo no lo juzgo, porque no vine para juzgar al
mundo, sino para salvar al mundo.
48 El que me rechaza y no recibe mis palabras
tiene quien lo juzgue: la palabra que he hablado
lo juzgará en el día final.
49 Porque yo no he hablado por mi propia
cuenta, sino que el Padre que me envió me ha
dado un mandamiento sobre qué decir y qué
hablar.
50 Y sé que su mandamiento es vida eterna.
Así que lo que hablo, lo hablo tal como el Padre
me lo ha dicho».

13

Jesús lava los pies de sus discípulos

1 Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús,
sabiendo que había llegado su hora de pasar de
este mundo al Padre, y habiendo amado a los
suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el
fin.
2 Durante la cena, el diablo ya había puesto en
el corazón la intención de que Judas, hijo de
Simón Iscariote, lo entregara.
3 Jesús, sabiendo que el Padre había puesto
todo en sus manos, y que había salido de Dios y
a Dios iba,
4 se levantó de la cena, se quitó el manto y,
tomando una toalla, se la ató a la cintura.
5 Luego echó agua en una palangana y
comenzó a lavar los pies de los discípulos y a
secárselos con la toalla que tenía atada.

Pedro aprende a recibir la limpieza del Señor

6 Llegó a Simón Pedro, quien le dijo: «Señor,
¿tú me lavas los pies a mí?».
7 Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo
entiendes ahora, pero lo entenderás después».
8 Pedro le dijo: «Jamás me lavarás los pies».
Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes
parte conmigo».
9 Simón Pedro le dijo: «Señor, no solo los pies,
sino también las manos y la cabeza».
10 Jesús le respondió: «El que se ha bañado no
necesita lavarse más que los pies; está
completamente limpio. Y ustedes están limpios,
aunque no todos».
11 Porque sabía quién lo entregaba; por eso
dijo: «No todos están limpios».

El ejemplo del Maestro para el servicio mutuo

12 Después de lavarles los pies, tomar su
manto y recostarse a la mesa, volvió a decirles:
«¿Entienden lo que les he hecho?
13 Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen
bien, porque lo soy.
14 Así que, si yo, el Señor y el Maestro, les he
lavado los pies, también ustedes deben lavarse
los pies unos a otros.
15 Porque les di un ejemplo, para que, como yo
he hecho con ustedes, también ustedes hagan.
16 En verdad, en verdad les digo: un esclavo
no es mayor que su señor, ni un enviado es
mayor que el que lo envió.
17 Si saben estas cosas, son dichosos si las
ponen en práctica.

18 No hablo de todos ustedes. Yo sé a quiénes
he elegido; pero es para que se cumpla la
Escritura: “El que come mi pan levantó su talón
contra mí”.
19 Desde ahora se lo digo, antes de que suceda,
para que, cuando suceda, crean que yo soy.
20 En verdad, en verdad les digo: el que recibe
a cualquiera que yo envíe me recibe a mí, y el
que me recibe a mí recibe al que me envió».

Jesús anuncia la traición de Judas
Mateo 26:20–25; Marcos 14:17–21; Lucas 22:21–23

21 Después de decir esto, Jesús se turbó en su
espíritu y dio testimonio, diciendo: «En verdad,
en verdad les digo: uno de ustedes me
entregará».
22 Los discípulos se miraban unos a otros, sin
saber de quién hablaba.
23 Uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba,
estaba recostado junto al pecho de Jesús.
24 Simón Pedro le hizo señas para que
averiguara quién era aquel de quien hablaba.
25 Entonces ese discípulo se inclinó sobre el
pecho de Jesús y le preguntó: «Señor, ¿quién
es?».
26 Jesús respondió: «Es aquel a quien daré el
bocado después de mojarlo». Así que mojó el
bocado y se lo dio a Judas, hijo de Simón
Iscariote.
27 Después del bocado, Satanás entró en él.
Entonces Jesús le dijo: «Lo que haces, hazlo
pronto».

28 Pero ninguno de los que estaban a la mesa
entendió por qué le había dicho esto.
29 Algunos pensaban que, como Judas tenía a
su cargo la bolsa del dinero, Jesús le decía:
«Compra lo que necesitamos para la fiesta», o
que diera algo a los pobres.
30 Él tomó el bocado y salió de inmediato. Era
de noche.

El nuevo mandamiento

31 Cuando salió, Jesús dijo: «Ahora ha sido
glorificado el Hijo del Hombre, y Dios ha sido
glorificado en él.
32 Si Dios ha sido glorificado en él, Dios
también lo glorificará en sí mismo, y lo
glorificará de inmediato.
33 Hijitos, todavía estoy con ustedes un poco de
tiempo. Me buscarán, y como dije a los judíos,
ahora les digo también a ustedes: "Adonde yo
voy, ustedes no pueden venir".
34 Les doy un mandamiento nuevo: que se
amen unos a otros; como yo los amé, que
también ustedes se amen unos a otros.
35 En esto todos conocerán que son mis
discípulos: si tienen amor unos por otros».

Jesús anuncia la negación de Pedro
Mateo 26:31–35; Marcos 14:27–31; Lucas 22:31–34

36 Simón Pedro le preguntó: «Señor, ¿adónde
vas?». Jesús respondió: «Adonde voy no puedes
seguirme ahora, pero me seguirás después».
37 Pedro le dijo: «Señor, ¿por qué no puedo
seguirte ahora? Entregaré mi vida por ti».

38 Jesús respondió: «¿Entregarás tu vida por
mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el
gallo antes de que me hayas negado tres veces».

14

Jesús, el camino al Padre

1 «No se turbe su corazón. Crean en Dios y
crean también en mí.
2 En la casa de mi Padre hay muchas moradas.
Si no fuera así, se lo habría dicho, porque voy a
prepararles un lugar.
3 Y si me voy y les preparo un lugar, volveré y
los llevaré conmigo, para que donde yo estoy,
también ustedes estén.
4 Y adonde yo voy, ustedes conocen el camino».
5 Tomás le dijo: «Señor, no sabemos adónde
vas; ¿cómo podemos conocer el camino?».
6 Jesús le dijo: «Yo soy el camino, y la verdad,
y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.
7 Si me conocieran, también conocerían a mi
Padre. Desde ahora lo conocen y lo han visto».

El Hijo revela al Padre

8 Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre y
nos basta».
9 Jesús le dijo: «¿Llevo tanto tiempo con
ustedes y no me has conocido, Felipe? El que me
ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices:
“Muéstranos al Padre”?
10 ¿No crees que yo estoy en el Padre y el
Padre está en mí? Las palabras que les digo no
las hablo por mi propia cuenta; el Padre, que
permanece en mí, hace sus obras.

11 Créanme que yo estoy en el Padre y el Padre
está en mí; si no, crean por las obras mismas.

Las obras y la oración de quienes creen

12 En verdad, en verdad les digo: el que cree
en mí hará también las obras que yo hago, y
hará mayores que estas, porque yo voy al Padre.
13 Y todo lo que pidan en mi nombre lo haré,
para que el Padre sea glorificado en el Hijo.
14 Si me piden algo en mi nombre, yo lo haré.

La promesa del Espíritu Santo

15 Si me aman, guardarán mis mandamientos.
16 Yo rogaré al Padre y él les dará otro
Consolador, para que esté con ustedes para
siempre:
17 el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no
puede recibir porque no lo ve ni lo conoce.
Ustedes lo conocen, porque permanece con
ustedes y estará en ustedes.
18 No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes.
19 Dentro de poco, el mundo ya no me verá,
pero ustedes me verán. Porque yo vivo, también
ustedes vivirán.
20 En aquel día conocerán que yo estoy en mi
Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.

El amor, la obediencia y la morada del Padre y del Hijo

21 El que tiene mis mandamientos y los
guarda, ese es el que me ama. El que me ama
será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me
manifestaré a él».

22 Judas, no el Iscariote, le dijo: «Señor, ¿qué
ha sucedido para que vayas a manifestarte a
nosotros y no al mundo?».
23 Jesús le respondió: «Si alguien me ama,
guardará mi palabra; mi Padre lo amará, y
vendremos a él y haremos morada con él.
24 El que no me ama no guarda mis palabras.
Y la palabra que ustedes oyen no es mía, sino del
Padre que me envió.
25 Les he hablado de estas cosas mientras
permanezco con ustedes.
26 Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien
el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará
todas las cosas y les recordará todo lo que les he
dicho.

La paz de Jesús y su partida al Padre

27 La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la
doy como la da el mundo. No se turbe su
corazón ni tenga miedo.
28 Oyeron que les dije: "Me voy y vendré a
ustedes". Si me amaran, se habrían alegrado de
que voy al Padre, porque el Padre es mayor que
yo.
29 Se lo he dicho ahora, antes de que suceda,
para que cuando suceda crean.
30 Ya no hablaré mucho con ustedes, porque
viene el gobernante del mundo. Él no tiene nada
en mí,
31 pero para que el mundo sepa que amo al
Padre, hago tal como el Padre me lo mandó.
Levántense; vámonos de aquí».

15

Jesús, la vid verdadera

1 «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el
labrador.
2 Toda rama que está en mí y no da fruto, él la
quita; y toda la que da fruto, la poda para que dé
más fruto.
3 Ustedes ya están limpios por la palabra que
les he hablado.
4 Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así
como la rama no puede dar fruto por sí misma
si no permanece en la vid, tampoco ustedes si no
permanecen en mí.
5 Yo soy la vid; ustedes son las ramas. El que
permanece en mí, y yo en él, ese da mucho fruto,
porque separados de mí no pueden hacer nada.
6 Si alguien no permanece en mí, es echado
fuera como la rama y se seca. Recogen esas
ramas, las echan al fuego y arden.

La palabra, la oración y el fruto que glorifica al Padre

7 Si permanecen en mí y mis palabras
permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y
les será hecho.
8 En esto es glorificado mi Padre: en que den
mucho fruto y sean mis discípulos.

Permanecer en el amor de Jesús

9 Así como el Padre me ha amado, también yo
los he amado. Permanezcan en mi amor.
10 Si guardan mis mandamientos,
permanecerán en mi amor, así como yo he

guardado los mandamientos de mi Padre y
permanezco en su amor.
11 Les he hablado de estas cosas para que mi
gozo esté en ustedes y su gozo sea completo.
12 Este es mi mandamiento: que se amen unos
a otros como yo los he amado.
13 Nadie tiene mayor amor que este: que
alguien dé su vida por sus amigos.
14 Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo
les mando.
15 Ya no los llamo esclavos, porque el esclavo
no sabe lo que hace su amo. Los he llamado
amigos, porque les he dado a conocer todo lo
que oí de mi Padre.
16 Ustedes no me eligieron a mí, sino que yo
los elegí a ustedes y los designé para que vayan y
den fruto, y su fruto permanezca; para que todo
lo que pidan al Padre en mi nombre, él se lo dé.
17 Esto les mando: que se amen unos a otros.

El rechazo del mundo y el testimonio de los discípulos

18 Si el mundo los odia, sepan que me ha
odiado a mí antes que a ustedes.
19 Si fueran del mundo, el mundo amaría lo
suyo. Pero como no son del mundo, sino que yo
los elegí de entre el mundo, por eso el mundo los
odia.
20 Recuerden la palabra que les dije: “Un
esclavo no es mayor que su amo”. Si me
persiguieron a mí, también los perseguirán a
ustedes; si guardaron mi palabra, también
guardarán la de ustedes.

21 Pero les harán todo esto por causa de mi
nombre, porque no conocen al que me envió.
22 Si yo no hubiera venido ni les hubiera
hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no
tienen excusa por su pecado.
23 El que me odia a mí también odia a mi
Padre.
24 Si no hubiera hecho entre ellos las obras
que ningún otro hizo, no tendrían pecado; pero
ahora nos han visto y nos han odiado, tanto a mí
como a mi Padre.
25 Pero esto es para que se cumpla la palabra
escrita en su ley: “Me odiaron sin motivo”.

El testimonio del Espíritu Santo y de los discípulos

26 Cuando venga el Consolador, a quien yo les
enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la
verdad que procede del Padre, él dará
testimonio acerca de mí.
27 Y ustedes también dan testimonio, porque
han estado conmigo desde el principio».

16

Jesús prepara a sus discípulos para la persecución

1 «Les he hablado de estas cosas para que no
tropiecen.
2 Los expulsarán de las sinagogas. Más aún,
viene la hora en que todo el que los mate
pensará que ofrece un servicio a Dios.
3 Harán estas cosas porque no han conocido al
Padre ni a mí.
4 Pero les he hablado de estas cosas para que,
cuando llegue su hora, recuerden que yo se las

dije. No les dije estas cosas desde el principio
porque estaba con ustedes.

La obra del Espíritu Santo

5 Ahora voy al que me envió, y ninguno de
ustedes me pregunta: “¿Adónde vas?”.
6 Pero la tristeza ha llenado su corazón porque
les he hablado de estas cosas.
7 Sin embargo, les digo la verdad: les conviene
que yo me vaya, porque si no me voy, el
Consolador no vendrá a ustedes; pero si me voy,
se lo enviaré.
8 Cuando él venga, convencerá al mundo de
pecado, de justicia y de juicio:
9 de pecado, porque no creen en mí;
10 de justicia, porque voy al Padre y ya no me
verán;
11 y de juicio, porque el gobernante de este
mundo ha sido juzgado.
12 Todavía tengo muchas cosas que decirles,
pero ahora no pueden soportarlas.
13 Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los
guiará en toda la verdad, porque no hablará por
su propia cuenta, sino que hablará lo que oiga y
les anunciará las cosas que vienen.
14 Él me glorificará, porque tomará de lo mío y
se lo anunciará.
15 Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso
dije que toma de lo mío y se lo anunciará.

La tristeza se convertirá en gozo

16 Dentro de poco ya no me verán, y de nuevo,
dentro de poco, me verán».

17 Algunos de sus discípulos se dijeron unos a
otros: «¿Qué significa esto que nos dice: “Dentro
de poco no me verán, y de nuevo, dentro de
poco, me verán”, y: “Porque voy al Padre”?».
18 Y decían: «¿Qué significa eso que dice:
“Dentro de poco”? No sabemos de qué habla».
19 Jesús supo que querían preguntarle y les
dijo: «¿Se preguntan entre ustedes acerca de lo
que dije: “Dentro de poco no me verán, y de
nuevo, dentro de poco, me verán”?
20 En verdad, en verdad les digo que ustedes
llorarán y se lamentarán, pero el mundo se
alegrará. Ustedes estarán tristes, pero su tristeza
se convertirá en alegría.
21 La mujer, cuando da a luz, siente dolor
porque ha llegado su hora. Pero después de dar
a luz al niño, ya no recuerda la angustia, por la
alegría de que un ser humano ha nacido en el
mundo.
22 Así también ustedes ahora tienen tristeza,
pero volveré a verlos y se alegrará su corazón; y
su alegría nadie se la quita.
23 En aquel día no me preguntarán nada. En
verdad, en verdad les digo: si le piden algo al
Padre, él se lo dará en mi nombre.
24 Hasta ahora no han pedido nada en mi
nombre. Pidan y recibirán, para que su alegría
sea completa.

El amor del Padre y la confianza de los discípulos

25 Les he hablado de estas cosas en lenguaje
figurado. Viene la hora en que ya no les hablaré

en lenguaje figurado, sino que les hablaré
claramente acerca del Padre.
26 En aquel día pedirán en mi nombre, y no les
digo que yo rogaré al Padre por ustedes,
27 porque el Padre mismo los ama, pues
ustedes me han amado y han creído que yo salí
de Dios.
28 Salí del Padre y he venido al mundo. De
nuevo dejo el mundo y voy al Padre».
29 Sus discípulos dijeron: «Mira, ahora hablas
con claridad y no usas ningún lenguaje figurado.
30 Ahora sabemos que lo sabes todo y no
necesitas que nadie te pregunte. Por esto
creemos que has salido de Dios».
31 Jesús les respondió: «¿Ahora creen?
32 Miren, viene la hora, y ya ha llegado, en que
serán dispersados, cada uno a lo suyo, y me
dejarán solo. Pero no estoy solo, porque el Padre
está conmigo.

La paz de Jesús y su victoria

33 Les he hablado de estas cosas para que en
mí tengan paz. En el mundo tienen aflicción;
pero cobren ánimo: yo he vencido al mundo».

17

Jesús ora al Padre por su glorificación

1 Jesús dijo estas cosas y, levantando los ojos al
cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a
tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti,
2 así como le diste autoridad sobre toda la
humanidad, para que dé vida eterna a todos los
que le has dado.

3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti,
el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien
enviaste.
4 Yo te he glorificado en la tierra al completar
la obra que me has dado para hacer.
5 Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti con la
gloria que tenía junto a ti antes de que el mundo
existiera.

Jesús ora por sus discípulos

6 He manifestado tu nombre a los hombres
que me diste de entre el mundo. Eran tuyos, me
los diste y han guardado tu palabra.
7 Ahora han conocido que todo lo que me has
dado procede de ti,
8 porque les he dado las palabras que me diste.
Ellos las recibieron y conocieron
verdaderamente que salí de ti, y creyeron que tú
me enviaste.
9 Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo,
sino por los que me has dado, porque son tuyos.
10 Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío, y he
sido glorificado en ellos.

Protección y unidad en el nombre del Padre

11 Ya no estoy en el mundo, pero ellos están en
el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos
en tu nombre, el que me has dado, para que
sean uno como nosotros.
12 Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en
tu nombre, el que me has dado. Los protegí, y
ninguno de ellos se perdió, salvo el hijo de la
perdición, para que se cumpliera la Escritura.

13 Pero ahora voy a ti y digo estas cosas en el
mundo para que tengan mi gozo completo en sí
mismos.
14 Yo les he dado tu palabra, y el mundo los
odió porque no son del mundo, así como yo no
soy del mundo.
15 No ruego que los saques del mundo, sino
que los guardes del maligno.
16 No son del mundo, así como yo no soy del
mundo.

Santificados en la verdad y enviados al mundo

17 Santifícalos en la verdad; tu palabra es
verdad.
18 Así como tú me enviaste al mundo, también
yo los envié al mundo.
19 Y por ellos me consagro a mí mismo, para
que también ellos sean santificados en la verdad.

Jesús ora por la unidad de todos los creyentes

20 Pero no ruego solo por estos, sino también
por los que creen en mí por la palabra de ellos,
21 para que todos sean uno, así como tú, Padre,
estás en mí y yo en ti; para que también ellos
estén en nosotros, para que el mundo crea que
tú me enviaste.
22 Yo les he dado la gloria que me has dado,
para que sean uno como nosotros somos uno:
23 yo en ellos y tú en mí, para que sean
perfeccionados en unidad, para que el mundo
conozca que tú me enviaste y que los amaste a
ellos como me amaste a mí.

La comunión con Jesús y el amor del Padre

24 Padre, quiero que los que me has dado estén
también conmigo donde yo estoy, para que
contemplen mi gloria, la que me has dado,
porque me amaste antes de la fundación del
mundo.
25 Padre justo, el mundo no te ha conocido,
pero yo te he conocido, y estos han conocido que
tú me enviaste.
26 Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a
conocer, para que el amor con que me has
amado esté en ellos, y yo en ellos».

18

Arresto de Jesús
Mateo 26:47–56; Marcos 14:43–50; Lucas 22:47–53

1 Después de decir estas cosas, Jesús salió con
sus discípulos al otro lado del torrente de
Cedrón. Allí había un huerto, en el que entraron
él y sus discípulos.
2 Judas, el que lo entregaba, también conocía
el lugar, porque Jesús se había reunido allí
muchas veces con sus discípulos.
3 Entonces Judas, llevando consigo al
destacamento y a unos guardias de los
principales sacerdotes y de los fariseos, llegó allí
con linternas, antorchas y armas.
4 Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder,
salió y les preguntó: «¿A quién buscan?».
5 Le respondieron: «A Jesús el Nazareno». Él
les dijo: «Yo soy». Judas, el que lo entregaba,
también estaba con ellos.

6 Cuando les dijo: «Yo soy», retrocedieron y
cayeron al suelo.
7 Entonces volvió a preguntarles: «¿A quién
buscan?». Ellos respondieron: «A Jesús el
Nazareno».
8 Jesús respondió: «Les dije que yo soy. Así
que, si me buscan a mí, dejen que estos se
vayan».
9 Esto fue para que se cumpliera la palabra
que había dicho: «De los que me has dado, no
perdí a ninguno».
10 Simón Pedro, que tenía una espada, la
desenvainó, hirió al esclavo del sumo sacerdote
y le cortó la oreja derecha. El esclavo se llamaba
Malco.
11 Entonces Jesús dijo a Pedro: «Mete la espada
en la vaina. ¿Acaso no he de beber la copa que
el Padre me ha dado?».

Jesús es llevado ante Anás
Mateo 26:57–58; Marcos 14:53–54; Lucas 22:54

12 Entonces el destacamento, el comandante y
los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo
ataron
13 y lo llevaron primero ante Anás, porque era
suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel
año.
14 Caifás era el que había aconsejado a los
judíos que convenía que un solo hombre
muriera por el pueblo.

Pedro entra en el patio y niega a Jesús
Mateo 26:69–70; Marcos 14:66–68; Lucas 22:55–57

15 Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús.
Aquel discípulo era conocido del sumo sacerdote
y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote.
16 Pero Pedro se quedó afuera, junto a la
puerta. Entonces salió el otro discípulo, el
conocido del sumo sacerdote, habló con la
portera e hizo entrar a Pedro.
17 La criada que cuidaba la puerta preguntó a
Pedro: «¿No eres tú también uno de los discípulos
de este hombre?». Él respondió: «No lo soy».
18 Los esclavos y los guardias estaban de pie,
calentándose junto a un fuego de carbón que
habían encendido porque hacía frío. Pedro
también estaba con ellos, de pie, calentándose.

Anás interroga a Jesús
Mateo 26:59–66; Marcos 14:55–64; Lucas 22:66–71

19 El sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca
de sus discípulos y de su enseñanza.
20 Jesús le respondió: «Yo he hablado
abiertamente al mundo. Siempre enseñé en la
sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos
los judíos, y no he dicho nada en secreto.
21 ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los
que han oído qué les he dicho. Mira, ellos saben
lo que yo dije».
22 Al decir esto, uno de los guardias que estaba
allí le dio una bofetada a Jesús y le dijo: «¿Así
respondes al sumo sacerdote?».
23 Jesús le respondió: «Si he hablado mal, da
testimonio de lo malo. Pero si he hablado bien,
¿por qué me golpeas?».

24 Entonces Anás lo envió atado a Caifás, el
sumo sacerdote.

Pedro niega de nuevo a Jesús
Mateo 26:71–75; Marcos 14:69–72; Lucas 22:58–62

25 Simón Pedro estaba de pie, calentándose. Le
preguntaron: «¿No eres tú también uno de sus
discípulos?». Él lo negó y dijo: «No lo soy».
26 Uno de los esclavos del sumo sacerdote,
pariente de aquel a quien Pedro había cortado
la oreja, le preguntó: «¿No te vi yo en el huerto
con él?».
27 Pedro volvió a negarlo, y al instante cantó
un gallo.

Jesús ante Pilato
Mateo 27:1–2; Mateo 27:11–31; Marcos 15:1–20; Lucas 23:1–5; Lucas 23:13–25

28 Llevaron a Jesús de Caifás al pretorio. Era
de mañana. Ellos no entraron en el pretorio
para no contaminarse y poder comer la Pascua.
29 Entonces Pilato salió adonde estaban y
preguntó: «¿Qué acusación presentan contra
este hombre?».
30 Le respondieron: «Si este no hiciera el mal,
no te lo habríamos entregado».
31 Pilato les dijo: «Tómenlo ustedes y júzguenlo
conforme a su ley». Los judíos le respondieron:
«A nosotros no nos está permitido dar muerte a
nadie».
32 Esto fue para que se cumpliera la palabra de
Jesús, que había dicho para indicar de qué
muerte iba a morir.

La realeza de Jesús y el testimonio de la verdad

33 Pilato volvió a entrar en el pretorio, llamó a
Jesús y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los
judíos?».
34 Jesús respondió: «¿Dices esto por tu propia
cuenta, o te lo han dicho otros acerca de mí?».
35 Pilato respondió: «¿Acaso soy yo judío? Tu
nación y los principales sacerdotes te entregaron
a mí. ¿Qué has hecho?».
36 Jesús respondió: «Mi reino no es de este
mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis
servidores lucharían para que yo no fuera
entregado a los judíos. Pero ahora mi reino no
es de aquí».
37 Entonces Pilato le preguntó: «¿Así que tú
eres rey?». Jesús respondió: «Tú dices que soy
rey. Para esto he nacido y para esto he venido al
mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo
el que es de la verdad escucha mi voz».
38 Pilato le preguntó: «¿Qué es la verdad?».
Después de decir esto, salió otra vez adonde
estaban los judíos y les dijo: «Yo no encuentro
en él ningún delito.

El rechazo de Jesús y la petición de Barrabás

39 Pero ustedes tienen la costumbre de que les
ponga en libertad a uno en la Pascua. ¿Quieren,
entonces, que les deje libre al rey de los judíos?».
40 Ellos volvieron a gritar: «¡A este no, sino a
Barrabás!». Barrabás era un bandido.

19

Jesús es azotado y presentado como rey

1 Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó
azotar.
2 Los soldados tejieron una corona de espinas,
se la pusieron en la cabeza y lo vistieron con un
manto de púrpura.
3 Se acercaban a él y le decían: «¡Salve, rey de
los judíos!». Y le daban bofetadas.
4 Pilato volvió a salir y les dijo: «Miren, lo
traigo afuera para que sepan que no encuentro
en él ningún delito».
5 Entonces Jesús salió llevando la corona de
espinas y el manto de púrpura. Pilato les dijo:
«¡He aquí el hombre!».

La exigencia de crucifixión y la acusación contra el Hijo

6 Cuando lo vieron los principales sacerdotes y
los guardias, gritaron: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!».
Pilato les dijo: «Tómenlo ustedes y crucifíquenlo,
porque yo no encuentro en él ningún delito».
7 Los judíos le respondieron: «Nosotros
tenemos una ley, y conforme a esa ley debe
morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios».
8 Cuando Pilato oyó estas palabras, tuvo aún
más miedo.

La autoridad recibida de lo alto

9 Volvió a entrar en el pretorio y preguntó a
Jesús: «¿De dónde eres tú?». Pero Jesús no le dio
respuesta.
10 Entonces Pilato le dijo: «¿A mí no me
hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para
dejarte libre y tengo autoridad para
crucificarte?».

11 Jesús le respondió: «No tendrías ninguna
autoridad sobre mí si no te hubiera sido dada de
arriba. Por eso, el que me entregó a ti tiene
mayor pecado».
12 Desde entonces Pilato buscaba dejarlo libre,
pero los judíos gritaron: «Si dejas libre a este, no
eres amigo del César. Todo el que se hace rey se
opone al César».

La entrega de Jesús para la crucifixión

13 Cuando Pilato oyó estas palabras, sacó a
Jesús y se sentó en el tribunal, en un lugar
llamado el Empedrado, y en hebreo Gabata.
14 Era el día de la Preparación de la Pascua,
cerca del mediodía. Pilato dijo a los judíos: «¡He
aquí su rey!».
15 Ellos gritaron: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícalo!».
Pilato les preguntó: «¿Voy a crucificar a su rey?».
Los principales sacerdotes respondieron: «No
tenemos más rey que el César».
16 Entonces se lo entregó para que fuera
crucificado. Así que tomaron a Jesús.

Crucifixión y muerte de Jesús
Mateo 27:32–50; Marcos 15:21–37; Lucas 23:26–49

17 Él, cargando su propia cruz, salió al lugar
llamado de la Calavera, que en hebreo se llama
Gólgota.
18 Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno
a cada lado, y Jesús en medio.

La inscripción que anuncia la realeza de Jesús

19 Pilato también escribió una inscripción y la
puso sobre la cruz. Estaba escrito: «Jesús el
Nazareno, el rey de los judíos».
20 Muchos de los judíos leyeron esta
inscripción, porque el lugar donde Jesús fue
crucificado estaba cerca de la ciudad. Estaba
escrita en hebreo, latín y griego.
21 Entonces los principales sacerdotes de los
judíos decían a Pilato: «No escribas: "El rey de
los judíos", sino que él dijo: "Soy rey de los
judíos"».
22 Pilato respondió: «Lo que he escrito, he
escrito».

Las vestiduras y el cumplimiento de la Escritura

23 Cuando los soldados crucificaron a Jesús,
tomaron su ropa y la dividieron en cuatro
partes, una para cada soldado. Tomaron
también la túnica, que no tenía costura, tejida de
arriba abajo en una sola pieza.
24 Se dijeron unos a otros: «No la rasguemos,
sino echemos suertes para ver de quién será».
Esto fue para que se cumpliera la Escritura que
dice: «Se repartieron mi ropa entre ellos y sobre
mi vestidura echaron suertes». Así hicieron los
soldados.

El cuidado de Jesús por su madre

25 Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y
la hermana de su madre, María de Clopás y
María Magdalena.
26 Jesús, al ver a su madre y al discípulo a
quien amaba, que estaba allí, dijo a su madre:
«Mujer, ahí tienes a tu hijo».

27 Después dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu
madre». Y desde aquella hora el discípulo la
recibió en su casa.

La sed de Jesús y la obra consumada

28 Después de esto, Jesús, sabiendo que ya
todo estaba cumplido, dijo, para que se
cumpliera la Escritura: «Tengo sed».
29 Había allí una vasija llena de vino agrio.
Entonces empaparon una esponja en el vino
agrio, la pusieron en una rama de hisopo y se la
acercaron a la boca.
30 Cuando Jesús tomó el vino agrio, dijo:
«Consumado es». Inclinó la cabeza y entregó el
espíritu.

El costado de Jesús traspasado

31 Como era el día de la Preparación, los
judíos, para que los cuerpos no quedaran en la
cruz durante el sábado —pues aquel sábado era
un día de gran solemnidad—, pidieron a Pilato
que les quebraran las piernas y los retiraran.
32 Los soldados fueron y quebraron las
piernas del primero y del otro que había sido
crucificado con él.
33 Pero al llegar a Jesús, al ver que ya estaba
muerto, no le quebraron las piernas.
34 Sin embargo, uno de los soldados le
atravesó el costado con una lanza, y al instante
salió sangre y agua.

El testimonio y el cumplimiento de las Escrituras

35 El que lo ha visto ha dado testimonio, y su
testimonio es verdadero. Él sabe que dice la
verdad, para que también ustedes crean.
36 Porque estas cosas sucedieron para que se
cumpliera la Escritura: «No será quebrado
ninguno de sus huesos».
37 Y también otra Escritura dice: «Mirarán al
que traspasaron».

Jesús es sepultado
Mateo 27:57–61; Marcos 15:42–47; Lucas 23:50–56

38 Después de esto, José de Arimatea, que era
discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo
a los judíos, pidió a Pilato llevarse el cuerpo de
Jesús. Pilato se lo permitió. Entonces fue y se
llevó su cuerpo.
39 También vino Nicodemo, el que antes había
ido a Jesús de noche, trayendo unos treinta y
tres kilos de una mezcla de mirra y áloe.
40 Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron
en lienzos con las especias aromáticas, conforme
a la costumbre de los judíos para sepultar.
41 En el lugar donde había sido crucificado
había un huerto, y en el huerto un sepulcro
nuevo en el que todavía no se había puesto a
nadie.
42 Allí pusieron a Jesús por ser el día de la
Preparación de los judíos y porque el sepulcro
estaba cerca.

20

La resurrección
Mateo 28:1–10; Marcos 16:1–8; Lucas 24:1–12

1 El primer día de la semana, María
Magdalena fue temprano al sepulcro, cuando
todavía estaba oscuro, y vio que la piedra había
sido quitada del sepulcro.
2 Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro
discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se
han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos
dónde lo han puesto».

Pedro y el otro discípulo van al sepulcro

3 Pedro y el otro discípulo salieron y fueron al
sepulcro.
4 Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo
corrió más rápido que Pedro y llegó primero al
sepulcro.
5 Se inclinó y vio los lienzos puestos allí, pero
no entró.
6 Entonces llegó también Simón Pedro, que lo
seguía, y entró en el sepulcro. Vio los lienzos
puestos allí
7 y el paño que había estado sobre la cabeza
de Jesús, no puesto junto a los lienzos, sino
enrollado aparte en un lugar.

Ver, creer y comprender la Escritura

8 Entró también el otro discípulo, el que había
llegado primero al sepulcro; vio y creyó.
9 Porque todavía no habían entendido la
Escritura, que él debía resucitar de entre los
muertos.
10 Entonces los discípulos regresaron a sus
casas.

Jesús se aparece a María Magdalena
Marcos 16:9–11

11 Pero María estaba afuera, junto al sepulcro,
llorando. Mientras lloraba, se inclinó para mirar
dentro del sepulcro
12 y vio a dos ángeles vestidos de blanco,
sentados uno a la cabecera y otro a los pies de
donde había estado el cuerpo de Jesús.
13 Ellos le preguntaron: «Mujer, ¿por qué
lloras?». Ella les respondió: «Porque se han
llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto».
14 Después de decir esto, se volvió hacia atrás
y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús.
15 Jesús le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras?
¿A quién buscas?». Ella, pensando que era el
jardinero, le dijo: «Señor, si tú te lo has llevado,
dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré».

María reconoce al Señor y es enviada a anunciarlo

16 Jesús le dijo: «¡María!». Ella se volvió y le
dijo en hebreo: «¡Rabuní!» —que significa
Maestro—.
17 Jesús le dijo: «No te aferres a mí, porque
todavía no he subido al Padre. Pero ve a mis
hermanos y diles: “Subo a mi Padre y Padre de
ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes”».
18 María Magdalena fue a anunciar a los
discípulos: «He visto al Señor», y que él le había
dicho estas cosas.

Jesús se aparece a los discípulos
Mateo 28:16–20; Marcos 16:14–18; Lucas 24:36–49

19 Al atardecer de aquel día, el primero de la
semana, estaban cerradas las puertas del lugar
donde se encontraban los discípulos por miedo a

los judíos. Jesús vino, se puso en medio y les
dijo: «Paz a ustedes».
20 Después de decir esto, les mostró las manos
y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al
Señor.

El envío, el Espíritu Santo y el anuncio del perdón

21 Jesús les dijo otra vez: «Paz a ustedes. Como
el Padre me ha enviado, también yo los envío a
ustedes».
22 Después de decir esto, sopló y les dijo:
«Reciban el Espíritu Santo.
23 A quienes perdonen los pecados, les han
sido perdonados; a quienes se los retengan, les
han sido retenidos».

Tomás reconoce al Señor resucitado

24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado
Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús.
25 Los otros discípulos le decían: «Hemos visto
al Señor». Pero él les respondió: «Si no veo en
sus manos la marca de los clavos, y meto mi
dedo en la marca de los clavos, y meto mi mano
en su costado, jamás creeré».
26 Ocho días después, sus discípulos estaban
otra vez dentro, y Tomás con ellos. Jesús vino,
estando las puertas cerradas, se puso en medio y
dijo: «Paz a ustedes».
27 Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo aquí y
mira mis manos. Trae tu mano y métela en mi
costado. No seas incrédulo, sino creyente».

Señor mío y Dios mío

28 Tomás le respondió: «¡Señor mío y Dios
mío!».

29 Jesús le dijo: «¿Has creído porque me has
visto? Dichosos los que no vieron y creyeron».

El propósito del libro

30 Jesús hizo también, en presencia de los
discípulos, muchas otras señales que no están
escritas en este libro.
31 Pero estas han sido escritas para que crean
que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que,
creyendo, tengan vida en su nombre.

21

Jesús se aparece a siete de sus discípulos

1 Después de esto, Jesús se manifestó de nuevo
a los discípulos junto al mar de Tiberias. Se
manifestó de esta manera:
2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado
Dídimo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos
de Zebedeo y otros dos de sus discípulos.
3 Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos le
dijeron: «También nosotros vamos contigo».
Salieron y subieron a la barca, pero aquella
noche no pescaron nada.
4 Cuando ya amanecía, Jesús estaba de pie en
la playa, pero los discípulos no sabían que era
Jesús.
5 Jesús les preguntó: «Muchachos, ¿tienen algo
de comer?». Le respondieron: «No».

La pesca abundante y el reconocimiento del Señor

6 Él les dijo: «Echen la red al lado derecho de la
barca, y encontrarán». La echaron y ya no
podían arrastrarla por la cantidad de peces.

7 Entonces aquel discípulo a quien Jesús
amaba dijo a Pedro: «¡Es el Señor!». Al oír que
era el Señor, Simón Pedro se ciñó la ropa, porque
estaba desvestido, y se arrojó al mar.
8 Los otros discípulos vinieron en la barca,
arrastrando la red de peces, porque no estaban
lejos de tierra, sino a unos noventa metros.

Jesús recibe a los discípulos con una comida

9 Cuando bajaron a tierra, vieron unas brasas
con un pescado encima y pan.
10 Jesús les dijo: «Traigan de los pescados que
acaban de pescar».
11 Simón Pedro subió y arrastró hasta tierra la
red, llena de peces grandes: ciento cincuenta y
tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió.
12 Jesús les dijo: «Vengan a desayunar».
Ninguno de los discípulos se atrevía a
preguntarle: «¿Tú quién eres?», porque sabían
que era el Señor.
13 Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio; y lo
mismo hizo con el pescado.
14 Esta era ya la tercera vez que Jesús se
manifestaba a los discípulos después de haber
resucitado de entre los muertos.

Jesús restaura a Pedro y le confía su rebaño

15 Después de desayunar, Jesús preguntó a
Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas
más que estos?». Él respondió: «Sí, Señor, tú
sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis
corderos».
16 Volvió a preguntarle por segunda vez:
«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él respondió:

«Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo:
«Pastorea mis ovejas».
17 Le preguntó por tercera vez: «Simón, hijo de
Juan, ¿me amas?». Pedro se entristeció porque le
había preguntado por tercera vez: «¿Me amas?»,
y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes
que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas.

La fidelidad de Pedro y su llamado al seguimiento

18 En verdad, en verdad te digo: cuando eras
más joven, te ceñías tú mismo y caminabas
adonde querías. Pero cuando envejezcas,
extenderás las manos, y otro te ceñirá y te
llevará adonde no quieres».
19 Dijo esto para indicar con qué muerte iba a
glorificar a Dios. Después de decir esto, le dijo:
«Sígueme».

El discípulo amado y el llamado a seguir a Jesús

20 Pedro se volvió y vio que los seguía el
discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que
durante la cena se había inclinado sobre su
pecho y había dicho: «Señor, ¿quién es el que te
entrega?».
21 Al verlo, Pedro preguntó a Jesús: «Señor, ¿y
este qué?».
22 Jesús le respondió: «Si quiero que él
permanezca hasta que yo venga, ¿qué tiene eso
que ver contigo? Tú sígueme».
23 Entonces se extendió entre los hermanos el
dicho de que aquel discípulo no moriría. Pero
Jesús no le dijo que no moriría, sino: «Si quiero
que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué
tiene eso que ver contigo?».

El testimonio verdadero sobre Jesús

24 Este es el discípulo que da testimonio de
estas cosas y que escribió estas cosas, y sabemos
que su testimonio es verdadero.
25 Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se
escribieran una por una, creo que ni el mundo
mismo podría contener los libros que se
escribirían.

Nueva Traducción BibliaTodo
The Holy Bible in Spanish, Nueva Traducción BibliaTodo translation

copyright © 2026 BibliaTodo LLC

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin American

Santa Biblia, Nueva Traducción BibliaTodo (NTBT). Publicada por BibliaTodo Bible Society, sello editorial de BibliaTodo LLC.
https://www.bibliatodo.org/es/ntbt/

2026-11-06

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 6 Nov 2026 from source files dated 6 Nov 2026
f679fc02-fe47-5e73-b7b9-74d4193a2d39